

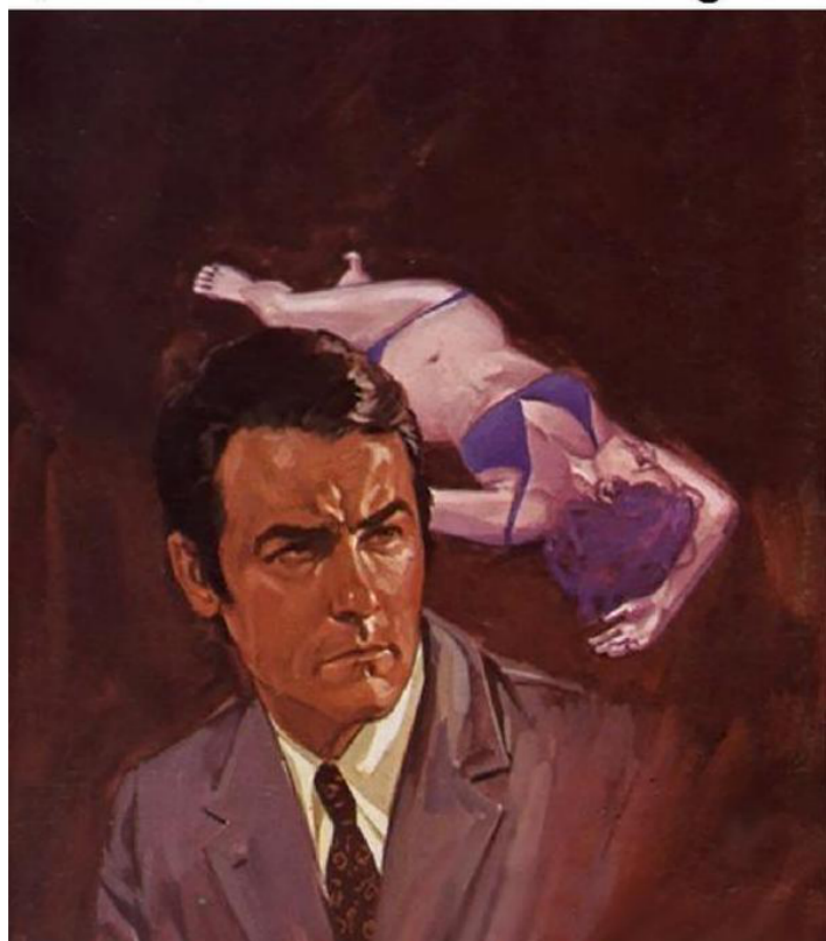
BOLSILIBROS BRUQUERA

PUNTO

ROJO

NO SEÑALES CON EL DEDO

Lou Carrigan



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **LA HUELLA**:

140 - Tempestad en un vaso de agua.

En Colección **BISONTE, SERIE AZUL**:

364 - Tumba india.

En Colección **ARCHIVO SECRETO**:

218 - El diablo sopla en el Caribe.

En Colección **BÚFALO, SERIE AZUL**:

286 - Si vas por el camino del diablo.

En Colección **PUNTO ROJO**:

816 - La lista negra.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.429 - Las caras de la muerte.

LOU CARRIGAN

NO SEÑALES CON EL DEDO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 819
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 46.809 – 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1978

© Lou Carrigan – 1971
texto

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

El inspector Gordon, jefe de la Delegación del FBI en Miami estaba desalentado. Y no precisamente por un fracaso, sino por un éxito más de sus hombres. Ante él, en la mesa de despacho, se amontonaban los cigarrillos de marihuana, pequeñas cantidades de LSD y hasta pequeños sobres conteniendo «coca».

—En fin —murmuró—, hemos conseguido evitar una vez más que mozalbetes como éstos emprendan en su inconsciencia un sórdido camino. Aunque me pregunto por cuánto tiempo... ¿Qué edad dices que tiene el mayor, Kinkaid?

—Quince años, señor.

—Quince años... A esa edad, yo sólo pensaba y suspiraba por una bicicleta. En cambio, esos chicos llenan los bolsillos de drogas...

—Se las hemos quitado —musitó Bromley.

—Oh, sí. Pero insisto en mi pregunta: ¿por cuánto tiempo? Ahora avisaremos a sus padres, vendrán aquí. Darán explicaciones, arreglarán las cosas y, dentro de poco, esos muchachos volverán a estar en sus casas..., con el dinero de sus padres al alcance de su rapiña... Y vuelta a empezar.

—Nosotros no tenemos la culpa de eso, señor —masculló Dingeman.

—Naturalmente. Está bien, muchachos, podéis marchar a vuestras casas, por esta noche. Mañana nos ocuparemos de todo. ¿Han sido avisados los padres de esa pandilla de insensatos?

—Sí, señor.

—Yo los atenderé. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Los tres *g-men* abrieron la puerta del despacho, y salieron, cruzándose con Elwyn, el nuevo ayudante del inspector, que los miró vivamente.

—No marcharos —dijo—. Vais a ver algo bueno.

Se colocó ante la mesa, y depositó en ésta un pequeño envoltorio hecho con papel de periódico. Los tres agentes del FBI se colocaron junto a él, mirando el envoltorio, igual que Gordon, que por fin frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué es esto, Elwyn?

—Según la muchacha que tengo esperando en mi despacho, es la prueba de un crimen, señor. Véala usted mismo.

Gordon apartó el papel de periódico. En seguida apareció un pequeño pañuelo, blanco..., pero con algunas manchitas rojas ya secas. Separó las puntas del pañuelo, cuidadosamente, y se quedó mirando fijamente el contenido.

—Demonios —susurró Bromley—. Es un dedo.

—Pues a mí me ha parecido una ballena —dijo mordazmente Dingeman.

Bromley le dirigió una enfurruñada mirada. Luego todos quedaron silenciosos, contemplando aquel dedo. Era el correspondiente a una mano de hombre, evidentemente, el meñique de la mano izquierda. En un extremo, la uña, azulada, en el otro, el breve muñón sanguinolento, ya que no sangraba, pues la propia sangre había formado una pequeña costra que servía de tapón.

—¿Nos ocupamos de esto, señor? —se interesó Kinkaid.

—No —musitó Gordon—. Id a descansar. Creo que Wade estará todavía en el edificio. Decidle que venga. Pero por la puerta interior.

Señaló la que había a la izquierda del despacho. Los tres federales asintieron con la cabeza, volvieron a despedirse, y salieron del despacho por la puerta de enfrente a la mesa de Gordon. Este y su ayudante quedaron silenciosos, contemplando el dedo, pensativos, hasta que Gordon inquirió:

—¿Cómo es esa muchacha?

—Bonita. Bastante llamativa, señor. Tiene los cabellos rojos y largos, los ojos verdosos. Para que me entienda, señor. Yo diría que no parece una señorita... ¿Me comprende, señor?

—Sí, desde luego. ¿Qué edad le calcula?

—Unos veinticinco años, más o menos. Es una de esas chicas de escote y minifalda. Vale la pena verla. Aunque ahora está asustada.

Gordon asintió con la cabeza, y de nuevo quedó pensativo. Ni

siquiera tres minutos más tarde, se abrió la puerta interior y entró un hombre en el despacho. Alto, atlético, sobrio, de expresión sombría, ojos oscuros y penetrantes, boca de cepo. Se acercó a la mesa, contempló unos segundos el dedo, y luego miró a Gordon.

—Usted dirá, señor.

—Tenemos ahí fuera una chica que dice que este dedo es la prueba de un crimen, Wade. Vas a encargarte del caso.

—Sí, señor.

—Hazla pasar, Elwyn.

El ayudante salió del despacho, para reaparecer en seguida, acompañando a una espléndida pelirroja, cuyos ojos se abrían en una expresión expectante y temerosa. Elwyn la dejó dentro y salió, cerrando la puerta. Si Wade Hanlon estaba allí, él no pintaba nada, en toda la delegación no había especialista mejor que Wade Hanlon para aquella clase de asuntos.

Gordon se puso en pie, cortés y amable.

—Siéntese, por favor —señaló un sillón.

La muchacha se acercó tímidamente, se sentó ante la mesa y se quedó mirando a Gordon, Wade Hanlon le ofreció un cigarrillo y entonces le miró a él. Tragó saliva cuando tuvo la sensación de que los oscuros ojos del *g-man* la atravesaban de parte a parte el cerebro.

Gordon se sentó, esperó a que ella encendiese el cigarrillo acercándolo a la llama del encendedor de Hanlon y esbozó una sonrisa muy leve.

—¿Cómo se llama?

—Cora... Cora Silverton, señor inspector.

—Él es el agente Wade Hanlon. Mi nombre es Gordon.

—Sí, ya..., ya lo sé; lo ha mencionado su ayudante.

—Bien. Según entiendo —Gordon señaló el dedo—, usted viene a denunciar un crimen, señorita Silverton.

—Sí, señor. Bu... bueno, yo..., yo no sé... Supongo que es un crimen, pero...

—¿Por qué lo supone? —preguntó Hanlon.

Ella le miró y palideció un poco al notar de nuevo aquella penetrante mirada. Desde luego, el llamado Wade Hanlon no parecía en absoluto impresionado por su escote, ni por la minifalda. Es decir, por lo que una cosa y otra dejaban ver de su espléndido

cuerpo perfumado. La miraba siempre a los ojos, fijamente.

—Pues... Yo juraría que..., que ese dedo es de James... Lo conozco. Sí, yo..., yo conozco bien las manos de James, porque..., porque...

Gordon la sacó del apuro que representaba aquella explicación, que sin duda iba a resultar muy íntima:

—¿No sabe dónde está ahora el señor...? Bueno, ese caballero llamado James.

—No. No sé dónde está. Anteayer, quedamos citados en..., en un motel, pero él no se presentó. Me había dicho que le esperase allí, pasara lo que pasase, pero me pareció que dos días era mucho esperar, y fui a buscarle a su apartamento.

—Entiendo. No encontró a James, pero sí encontró el dedo.

—Así es. Bueno, el dedo no estaba dentro del apartamento, sino fuera. Junto a la puerta. No junto a la puerta del apartamento de James, sino junto a la puerta de otro apartamento.

Gordon parpadeó y miró a Wade Hanlon, que seguía contemplando a la muchacha como si quisiera perforarla con la mirada.

—Dice usted que el dedo estaba junto a la puerta de otro apartamento. Bien, ¿qué le sugiere eso?

—Pu-pu-pues no... no sé, pero... Oh, yo no creo que... James vaya... dejando caer sus dedos, señor Hanlon, o sea que...

Para sorpresa de Cora Silverton, Wade sonrió, aunque tan poco, tan levemente que cabía preguntarse si en realidad había sonreído o sólo había movido las facciones en un gesto habitual.

—Verdaderamente —aceptó Hanlon—, no creo que nadie vaya perdiendo los dedos. ¿Ha buscado a James por otros sitios donde él acostumbre ir?

—Estuve haciéndolo antes de ir a su apartamento, le llamé a varios sitios, y a su apartamento varias veces, pero no conseguí dar con él. Entonces, temiendo que quizá estuviese enfermo, o..., o algo así, fui a verle.

—¿Entró en el apartamento?

—Sí. Tengo una llave.

—Claro. Bien, entró usted allí, James no estaba y, al salir, encontró usted el dedo. ¿Fue así?

—Sí, señor.

—Frente a la puerta del apartamento vecino.

—Sí... Sí, así ha sido, sí.

—Ese apartamento..., ¿está delante del de James?

—No. Al lado. Las puertas están una junto a otra.

—¿Quizá el dedo estaba entre las dos puertas?

—No, no... Estaba casi en el rincón de la otra, muy cerca de la pared.

—Digamos, entonces, que no pudo ir a parar allá desde el apartamento de James, sino desde el vecino. Usted, según me parece, está suponiendo que el dedo de James salió del apartamento vecino, y cayó en aquel rincón. Se entiende, claro, que el dedo no «salió» sino que lo «sacaron» del apartamento vecino. ¿Es eso lo que piensa, señorita Silverton?

La muchacha tragó saliva.

—Sí, señor.

El *g-man* asintió con la cabeza, se inclinó sobre la mesa de su jefe y tomó un bolígrafo, que blandió sobre una cuartilla.

—Dígame el nombre completo de James, su dirección y a qué se dedica.

—James Rooney; 12 Belvedere Drive, Miami Shores.

—Bien —Hanlon tornó nota rápidamente, y la miró de nuevo—. ¿Su ocupación?

—Bueno...

—Lo digo porque podemos empezar a buscarle por la empresa donde trabaja, o con alguno de sus compañeros de trabajo, lugares que pueda frecuentar que usted quizá no conozca.

—Sí, sí, entiendo, pero es que... Bueno, James no..., no trabajaba... en ningún sitio fijo.

—Pero alguna ocupación debe tener.

—No sé.

Gordon y Hanlon cambiaron una mirada.

—¿Y la ocupación de usted, señorita Silverton?

—Yo..., yo no tengo ninguna ocupación. Bueno, James es..., es muy generoso conmigo. Quiero decir...

Wade Hanlon la atajó con un gesto casi amable:

—Entiendo. ¿Tiene la bondad de esperar fuera unos segundos, señorita Silverton?

La acompañó hasta la puerta, cerró y se acercó a la mesa. Se

quedó mirando interrogante a su jefe, que asintió con la cabeza.

—*Okay*, Wade. Yo me encargo de esto. Tú ve con la chica a esa dirección, y bueno, los dos sabemos lo que tenemos que hacer, ¿no es así?

—Sí, señor. Hasta luego. Parece que puede ser un caso interesante: encontrar a una persona partiendo de un dedo amputado. Llevaré allá a esa chica, para que me diga exactamente dónde lo encontró.

CAPÍTULO II

—Ahí —señaló Cora Silverton.

Wade Hanlon se acercó y puso la punta de su dedo índice donde señalaba la muchacha aproximadamente.

—¿Aquí?

—Un poco más hacia la pared.

—¿Aquí?

—Sí... No creo que varíe más de media pulgada.

Hanlon, acucillado, alzó la cabeza para mirar la puerta que tenía ante él. Desde luego, si el dedo había aparecido en aquel punto, era imposible que lo hubiese hecho partiendo del apartamento de James Rooney. Y, en cambio, no podía haber la menor duda de que, si alguien lo sacaba del apartamento vecino, y se le caía, tenía que caer en aquel punto, pulgada más o menos.

El *g-man* se incorporó, y se quedó mirando aquella puerta. No había nombre alguno en ella. Ni en la de James Rooney. Delante, al otro lado del rectangular descansillo, había dos puertas más, correspondientes a otros tantos apartamentos. Y eso era todo. Era el único piso del edificio y se llegaba allí por un tramo de desgastados escalones de madera, desde la calle. Debajo de los cuatro apartamentos, ocupando toda la planta baja, había un garaje. En conjunto, el edificio no parecía un lugar muy próspero, sino más bien todo lo contrario, viejo, paredes desconchadas, sin servicio de portería. Abajo, en la entrada, estaban los buzones. Luego les echaría un vistazo, un especial nombre del inquilino del apartamento 2. James Rooney ocupaba el 1. O lo había ocupado...

—Abra, por favor.

Cora abrió la puerta del apartamento de Rooney, entraron los dos, y el *g-man* cerró la puerta y encendió la luz.

Lo que vio le hizo fruncir el ceño. Tampoco allí parecía que pudiese vivir un hombre que disponía de dinero. Del suficiente

dinero, al menos, para ser generoso con una amiguita que no trabajaba en nada. Muebles viejos, revistas deportivas, colillas. No, no estaba limpio, siquiera.

Constaba de *living*, dormitorio, baño y cocina. Eso era todo. Al fondo de la cocina había una puerta, de la cual partía una escalera de madera que descendía a un jardín no demasiado grande, y que, por lo que pudo ver a la luz de la cocina, tampoco estaba precisamente cuidado. Cerró aquella puerta, y se volvió. Cora estaba en la entrada a la cocina mirándola expectante, inquieta.

—Éste no es un sitio elegante, ¿verdad? —preguntó suavemente Wade.

—No..., no sé... Creo que no.

—Sin embargo, según entiendo por sus palabras, James Rooney no iba mal de dinero. ¿Es así?

—Unas veces tenía y otras no..., según.

—Según..., ¿qué?

—No sé. Unas veces tenía y otras no. Ahora hacia algún tiempo que las cosas no le iban bien. Y por eso tuvo que mudarse aquí. Pero cuando me dijo que lo esperase en el motel, él me aseguró que pronto iba a cambiar todo.

—¿Quiere eso decir que usted entendió que él tendría dinero?

—Sí... Yo entendí eso.

—¿Algún negocio?

—No sé —tragó saliva Cora.

Wade se la quedó mirando. Encendió un cigarrillo y quedó pensativo durante más de un minuto, con el cigarrillo colgando en un lado de la boca.

—¿Quién vive en el apartamento de al lado?

—No lo sé. James llevaba aquí solamente dos meses, y no he conocido aún a ninguno de sus vecinos. Bueno, yo..., yo venía a..., a unas horas un poco... avanzadas.

—Ya.

—¿Qué vamos a hacer? —musitó Cora—. Si hemos encontrado un dedo, eso significa que...

—Cálmese. Hay personas que han perdido más de un dedo, y no han muerto por eso, señorita Silverton. Quizá todo tenga una explicación sencilla y tranquilizadora. Es posible que él tuviese un accidente y que a estas horas esté en un hospital... ¿No se le ha

ocurrido eso?

—No... Oh, por Dios, ojalá fuera así. No se me ocurrió. Pe... pero, al ver un dedo, pensé en una mutilación y..., y fui al FBI por eso.

—Tranquilícese. Usted ha hecho bien las cosas. Ya verá cómo encontramos al señor Rooney. Me ocuparé de que lo busquen en los hospitales.

—¿Sin preguntarle nada al vecino o vecinos? Yo creo...

—Espere, señorita Silverton, espere... Estas cosas no se hacen así, compréndalo. No puedo ir a visitar a los vecinos del señor Rooney, preguntándoles si ellos lo han descuartizado y han perdido un dedo en ese menester. Hagamos las cosas bien, con calma y discreción. Primero, los hospitales. Preguntaremos en los precintos de la policía si tienen noticia de algún...

El teléfono sonó de pronto, y ambos se volvieron hacia el aparato, que parecía sepultado bajo un montón de periódicos y revistas. Cora Silverton abrió mucho los ojos, pero el *g-man* permaneció impávido, dejando que el timbre sonara tres veces más antes de descolgarlo.

—¿Sí? —musitó.

—¿Wade? —musitó también la voz del inspector Gordon.

—Sí, señor.

—He localizado este teléfono por el listín. ¿Está la chica contigo, supongo?

—Desde luego.

—Bien. Precisamente para eso te he llamado por teléfono, para que ella no pudiera escuchar mis palabras por tu radio portátil. ¿Puede oírnos ahora? ¿La tienes cerca?

—Me puede oír a mí solamente.

—Espléndido. Escucha esto: el tal James Rooney consta en nuestros archivos. Es un pájaro de cuenta, Wade: robos, atracos a mano armada, contrabandos de poca importancia en ocasiones. Ha estado detenido cinco veces. Y ha cumplido un total de condenas seis años de prisión. Hemos obtenido la huella de ese dedo que nos trajo la chica y, efectivamente, corresponde al dedo meñique de James Rooney. No hay duda, Wade.

—Bien... ¿Cuál es su teoría, señor?

—Podemos cambiar impresiones sobre el asunto, pero en

principio parece que puede haber sido un ajuste de cuentas, o algo así. De todos modos, me parece bastante absurdo esto del dedo. La gente como James Rooney no se molestaría en tonterías de esa clase. Simplemente, liquidan a quien sea, lo meten en un bloque de cemento y lo tiran al mar, o cosas parecidas. Me tiene desconcertado esto del dedo. Es una pista demasiado clara, ¿no te parece?

—Quizá. Pero no siempre las pistas han de ser embrolladas.

—Cierto. ¿Cuándo vas a venir?

—Ahora mismo. Por el momento prefiero charlar con usted... Mientras tanto, sugiero que prepare un par de muchachos para un pequeño trabajo de investigación rutinaria.

—Los tendrás.

—Voy para allá.

Colgó y se volvió hacia Cora, que lo contemplaba como petrificada.

—Si no le importa, señorita Silverton, volveremos a la delegación.

—¿Yo también?

—Se lo ruego. ¿Sabía usted que James Rooney es un delincuente habitual?

La pregunta fue seca, directa, sin paliativos. Y siempre aquellos ojos oscuros fijos en los de Cora, que se mordió los labios.

—Yo..., yo no tengo que ver... con los asuntos de esa clase que pueda tener James, señor Hanlon.

—Ni yo he sugerido semejante cosa. Solamente le he preguntado si usted conocía esas actividades de su... amigo.

—No... No exactamente... Quiero decir que nunca me preocupé por saber de dónde sacaba James el dinero.

Wade aplastó el cigarrillo en un cenicero y en seguida frunció el ceño. Tendría que advertir a sus compañeros de Huellas de que aquel cigarrillo era suyo. No le gustaba cometer fallos.

—En total, James Rooney ha estado seis años en prisión, cumpliendo pequeñas condenas. ¿Tampoco sabía eso?

—No... Le juro que yo no...

—Cálmese. Yo no la estoy acusando de nada. Pero pienso que si usted, ahora que sabe que yo sé cosas sobre James, se sincerase conmigo, es posible que encontrásemos alguna pista de él. Quizá

conoce usted a algunos de sus amigos... a qué se dedicaba últimamente. Y en especial qué asunto era ese último que usted ha mencionado antes, y que iba a conseguir que las cosas cambiasen, que James volviese a tener dinero... digamos en abundancia. ¿Lo sabe? ¿Sabe algo de esto?

—No... No..., no, yo no sé nada... ¡Nada!

Wade casi consiguió sonreír amistosamente.

—Está bien. Volvamos a la delegación.

Salieron del apartamento, y después de que Cora hubo cerrado, Wade le pidió la llave. Se disponía ya a descender las escaleras, cuando una vez más frunció el ceño. Regresó al punto donde Cora Silverton aseguraba haber encontrado el dedo, y se arrodilló. Acercó mucho su rostro al piso... y segundos después veía tres manchas diminutas, secas, muy cerca de aquel punto.

—¿Qué..., qué busca?

—Sssst.

El *g-man* se incorporó, y pegó una oreja a la puerta del apartamento vecino al de Rooney. Estuvo escuchando durante unos segundos hasta convencerse de que dentro no había nadie. Por un instante, pensó en la conveniencia de entrar por sus propios medios, pero desistió en seguida de ello. Primero porque no le interesaba que Cora Silverton pudiera, en un momento dado, denunciar que los agentes del FBI no tenían el menor empacho en allanar un domicilio. Segundo, porque un apartamento en silencio puede significar que está vacío... O que su ocupante está durmiendo simplemente.

Poco después entraban en el coche, el *g-man* lo ponía en marcha, y se alejaban de allí. Apenas habían recorrido trescientas yardas, cuando Wade comenzó a mirar por el espejo retrovisor. Giró a la derecha. A la izquierda, de nuevo a la izquierda. Otra vez a la derecha.

¿Casualidad? Quizá, pero el oscuro «Lincoln» seguía tras él, sin reducir la distancia ni permitir que aumentara. Sin inmutarse, Wade descolgó el auricular del radioteléfono.

—Central —le dijeron en el acto.

—Soy Wade Hanlon. Voy a entrar dentro de unos segundos en Biscayne Boulevard, con un coche de los nuestros. Me dirijo a la delegación, y llevo detrás un coche que me está siguiendo, según

creo. Es un «Lincoln» oscuro, modelo Continental. No puedo ver la matrícula, ni quién o quiénes van en él. Pasen aviso al inspector Gordon; en cuanto esa gente vea que freno ante la delegación, se irán a todo gas, de modo que quiero que un coche los esté esperando para seguirles.

—*Okay*. ¿Algo más?

—Es todo.

Colgó y miró a Cora Silverton, que entonces dejaba de mirar hacia atrás, para mirarle a él con expresión asustada.

—No tema —susurró Wade—. Si quisieran atacarnos, lo habrían hecho quizá al salir del apartamento de Rooney. Y si lo que quieren es solamente saber adónde vamos, pues lo sabrán pronto.

Sonrió secamente, justo cuando enfilaba Biscayne Boulevard. Tras él el «Lincoln» modelo Continental.

El asunto empezaba a ser interesante de verdad.

CAPÍTULO III

Cuando detuvo el coche en el estacionamiento de la delegación vio a dos de sus compañeros esperando en otro coche. Wade se apeó, se volvió y señaló con la barbilla, muy discretamente, hacia el «Lincoln» que justo entonces apretaba la marcha y se lanzaba Boulevard abajo. El coche con dos agentes del FBI salió como un rayo detrás, y Wade se volvió hacia Cora, que parecía tener dificultades para respirar.

—Tranquila.

Ella tomó amablemente de un brazo y entraron en la delegación. Poco después, la dejaba en el despacho de Elwyn y él entraba en el de Gordon. Éste le miró, inquisitivo.

—¿Siguen al coche? —preguntó.

—Sí, señor. Hola, chicos.

Los dos *g-men* que esperaban fumando en compañía de Gordon sonrieron amistosamente.

—Hola, genio —dijo uno—. ¿Otro asesinato para que te luzcas?

—Y con mutilación criminal —sonrió el otro—. No me gusta ese dedo que he visto, parece que le señale a uno.

—Pues no se debe señalar con el dedo —casi sonrió Wade—. Todos sabemos que eso está muy feo. Es de mala educación. ¿Os ha dado el jefe la dirección?

—Sí.

—Bien —miró a Gordon—. Entonces, señor, salvo mejor idea por su parte, creo que deberían ir allá, y enterarse de quiénes viven en ese edificio, a qué se dedican, qué amigos tienen, etc.

Gordon asintió con la cabeza. Miró a los dos *g-men* y señaló la puerta con la barbilla. Los dos se levantaron, sin más comentarios, y se fueron a realizar su parte de aquel trabajo.

—¿Has encontrado algún otro dedo? —sonrió Gordon.

—No. Examiné el lugar exacto donde Cora Silverton encontró el

que nos trajo. Habían tres manchitas de sangre muy oscuras cerca.

—¿Sangre?

—Creo que sí.

—Habrá que movilizar un equipo de Huellas, para que recoja muestras y las lleven al laboratorio.

—Sí. También quisiera que investigasen todo el apartamento de James Rooney. Pero no todavía, señor.

—¿No? ¿Cuándo, entonces?

—Si usted me lo permite, preferiría esperar a ver qué nos dicen Melvin y Gowan sobre los demás inquilinos de ese edificio.

—Son casi las diez de la noche, Wade... No creo que sepamos nada antes de mañana hacia el mediodía.

—Aun así, señor...

—Quizá borren las manchitas de sangre, Wade.

—Ojalá, señor. Entonces sí que tendríamos buenos motivos para preguntarles a los ocupantes del apartamento vecino por qué lo han hecho.

El inspector Gordon sonrió anchamente.

—Eres un zorro —definió en claro tono de elogio—. Está bien, esperaremos. ¿Qué te parece que podemos hacer con Cora Sil...? —Sonó el teléfono y Gordon lo descolgó en el acto—. Gordon, aquí.

—...

—Vaya...

—...

—Oh, bien. Algo es algo. Díctamela.

Tomó un papel, escribió el dictado telefónico y dijo:

—Regresad, siempre hay trabajo aquí —colgó el auricular y blandió el papel—. Roy y Charles han perdido el «Lincoln» en los cruces a nivel de Airport Expressway. Pero pudieron tomar la matrícula.

—Eso no nos servirá de mucho —refunfuñó Wade—. Será un coche alquilado con nombres falsos. Pero, como lo de las manchitas de sangre, si fuese así querría decir que estamos tras la pista de algo importante; además, no perdemos nada buscando ese coche.

—Pondré en ello a uno de los muchachos. Antes te iba a preguntar qué te parece que hagamos con la chica.

—Mi respuesta habría sido diferente antes. Ahora, con los ocupantes de ese coche dando vueltas por ahí, considero que Cora

Silverton no estará en ningún sitio tan segura como aquí, señor.

—Lo mismo estaba pensando yo. Tengo la impresión de que la señorita Silverton se ha metido en un buen lío. Bueno —suspiró—, tal como están las cosas, creo que todo lo que podemos hacer es aprovechar la ocasión para descansar una noche completa..., si no ocurre nada nuevo.

—Estaré en mi apartamento.

—De acuerdo. Hasta mañana, Wade.

CAPÍTULO IV

—El apartamento 3 está alquilado por una mujer que se llama Agnes Smithson; es vieja, como unos sesenta años, y hace un par de semanas fue ingresada en un hospital. Diagnóstico: *delirium tremens*. Una alcohólica. El apartamento 4 está a nombre de un sujeto poco recomendable, llamado Sam Bowers, que tiene una lancha y se dedica a alquilarla, hace ocho días partió hacia Nassau con unos clientes, dispuestos a pescar durante el camino de ida y vuelta y a divertirse durante la estancia en las Bahamas. Ya hemos pedido confirmación a la policía de allá, y no creo que tarden mucho en darnos una respuesta. El apartamento 1, como sabemos, está alquilado por James Rooney, el desaparecido personaje que nos ocupa. No se sabe nada de él por aquellos lugares. El viene, va, y nunca se mete con nadie ni hace amigos. Hace tres días que no ha sido visto. Ahora, pasemos al apartamento 2, delante del cual encontró Cora Silverton el dedo. En ese apartamento vive un hombre, como de cincuenta años, llamado Edmund Cobbs. En definitiva es el único al que pudimos fotografiar anoche, cuando regresaba de su trabajo. Espero que las fotos merezcan su aprobación, señor.

Melvin tendió el sobre al inspector Gordon. Éste lo abrió, miró las fotos y las tendió a Wade Hanlon, que las examinó con expresión hermética, inexpresiva. El tal Edmund Cobbs, a sus mencionados cincuenta años, era un sujeto notable. La fotografía tomada de lejos lo mostraba como un sujeto alto, bien plantado, de porte atlético y firme. Había otra, de medio cuerpo, conseguida en un alarde del teleobjetivo de la cámara: anchas espaldas, porte orgulloso, manos grandes. Pero la fotografía más notable, tanto por su contenido como por la pericia en obtenerla, era la tercera y última; poco menos que un primer plano de Edmund Cobbs, vuelto el rostro hacia la cámara, pero no con la expresión de quien teme algo o

sospecha ser objeto de atención especial, sino con la natural expresión de quien vuelve la cabeza para mirar algo que no considera digno de especial importancia. Un rostro interesante: bello, correcto, noble; pobladas cejas, ojos inteligentes, grandes; cabellos más bien largos, entrecanos; mandíbula grande, sólida, firme. Sus ropas no parecían precisamente de calidad, pero le caían bien, porque tenía un porte elegante, un tanto altivo.

—Interesante sujeto —murmuró Wade—. ¿A qué se dedica, Melvin?

—Trabaja solamente por las tardes. Parece que lleva las cuentas de tres establecimientos comerciales cercanos a su apartamento. Son establecimientos poco importantes, pero cuyos dueños no tienen precisamente cerebros de matemáticos. Le dan cada mes unos cuantos dólares, y a cambio de eso se aseguran de que llevan sus cuentas al día, en perfecto orden, incluso para cuestiones de impuestos. Edmund Cobbs es un tipo que entiende mucho de números. Sin embargo, se conforma con tres o cuatrocientos dólares al mes que saca de esos tres establecimientos. ¿Seguimos investigándole?

Wade miró a Gordon, que asintió con la cabeza.

—Pero muy discretamente. Mientras tanto, vamos a enviar a Washington estas fotografías, por medio del Velofoto.

—¿A qué hora sale de su apartamento para ir a trabajar? —preguntó Wade.

—Hacia las cinco... O sea, cuando todo el mundo termina, él empieza. Pero trabaja no menos de seis u ocho horas entre sus tres clientes. Suele regresar al apartamento alrededor de la medianoche.

—¿Vive solo?

—Sí.

—Bueno... En ese caso..., quizá cuatrocientos dólares al mes le basten, supongo.

—Pues le envidio —refunfuñó Gowan.

Los demás sonrieron. Luego, Gordon quedó pensativo. Ante él tenía un breve informe, firmado por Charles y Roy que decía que, efectivamente, el «Lincoln» modelo Continental era propiedad de un de un *rent-a-car* que precisamente lo había alquilado a un tal Spencer Lowell, del cual no se sabía prácticamente nada. Excepto su domicilio, que una vez comprobado por los dos *g-men* encargados

de aquella gestión resultó ser falso. Por ese lado, pues, poco había que hacer, salvo pasar el aviso a las patrullas para que buscasen el auto en cuestión. Cora Silverton había sido interrogada respecto al tal Spencer Lowell y al número de la matrícula del «Lincoln», pero la muchacha aseguró que no sabía nada. No sabía nada de nada. Solamente que había encontrado un dedo de su amigo y que éste no aparecía por ninguna parte.

Gordon miró su reloj.

—Son las doce y veinte de la mañana —murmuró—. Cambiaremos los turnos, de modo que Roy y Charles se dedicarán a vigilar discretamente a Edmund Cobbs. Gowan, Melvin y Hanlon buscarán por los lugares adecuados alguna pista de James Rooney, por si él anda por ahí con un dedo menos. Todo podría ser, supongo. Un dedo no señala un cadáver. Si a las cinco vosotros tres no habéis encontrado rastro de James Rooney, me llamáis. Iréis a ese apartamento, y os enviaré allá un equipo de Huellas. Registradlo todo meticulosamente. Mientras tanto, puesto que a las cinco ese Edmund Cobbs sale para ir a trabajar, Charles y Roy se encargarán de seguirlo en todo momento. ¿Alguna duda?

—No, señor.

CAPÍTULO V

A las cinco y unos pocos minutos, Wade Hanlon, desde el coche, vio salir a la calle a Edmund Cobbs. Un sujeto apuesto, sin duda alguna. Muy señorial, serio, sobrio. Ropas baratas pero limpiísimas, llevadas con gran dignidad.

Mientras se alejaba, Wade vio a Charles y Roy entrar en su coche, dispuestos a seguir al personaje. Y poco después, los tres desaparecían de escena. Entonces, Wade llamó por la radio de bolsillo.

—¿Sí, Wade?

—Campo libre, muchachos. Os esperamos en esos apartamentos. Y cuidado: aunque el único que ahora continúa habitado en el edificio acaba de salir, nunca se sabe. Discreción absoluta.

—*Okay.*

Cerró la radio, la guardó y se apeó, seguido por Gowan y Melvin. Entraron en el edificio por separado, muy discretamente, desde luego. En pocos segundos, la puerta del apartamento de Edmund Cobbs fue forzada por una ganzúa, mientras que Wade, utilizando la llave de Cora Silverton, entraba en el de James Rooney. Todo seguía igual, de modo que salió y entró en el de Edmund Cobbs.

Aquello parecía diferente. Otro mundo, en comparación con el apartamento de Rooney. Ciertamente, era igual de modesto, pero todo se veía limpio y en orden, con una meticulosidad casi exquisita. Incluso habían en las paredes reproducciones de algunos cuadros de buenas firmas... Y libros. Había un pequeño tocadiscos y unos cuantos LP con música que hizo fruncir el ceño a Wade.

—Mozart, Lehar, Beethoven, Gershwin... Tiene buen gusto el señor Cobbs. ¿Y esos libros, Roy?

—Steinbeck, Manchester, Capote, Mann, Juan Ramón Jiménez, Dutreil...

—No está mal —silbó Charles—. Nuestro sospechoso es todo un personaje culto y de gustos selectos.

—Eso parece. Buscad bien por todas partes, pero con mucho cuidado; un sujeto como ése tiene que darse cuenta incluso de si le han movido la pipa de sitio. Apuesto a que tiene una señal junto a la cama, para saber dónde ha de dejar las zapatillas cada noche.

Entró en el dormitorio donde, si bien no había esa clase de señal, sí se notaba el mismo orden y pulcritud en todo. Abrió el armario, vio un par de trajes, algunas camisas, calcetines... Poca cosa, pero en todo momento ordenadísimo, limpio, planchado, impecable. No había ni siquiera una mota de polvo en el más escondido rincón.

Mientras tanto, uno a uno, fueron llegando los de Huellas, y se dedicaron a su trabajo con los fijadores, las cámaras, los reactivos... Fotografías, toma de huellas, análisis de olores.

—Tengo eso de la entrada del apartamento, Wade —dijo uno de ellos, mostrando una especie de polvo en el fondo de un sobre—. Yo diría que sólo puede ser sangre.

—Bien.

Pocos minutos más tarde, lo llamó otro del equipo de Huellas, ahora al apartamento de James Rooney. Lo llevó hasta la cocina y señaló unas pequeñas manchas en un lado del fregadero de piedra rojiza.

—Parece sangre seca, Wade.

—Sí... Recógela con cuidado y métela en un sobre. En el laboratorio nos dirán si es sangre... y si pertenece al mismo grupo que la recogida afuera.

—Quizá sea la misma que la que hay en el cuchillo.

Wade Hanlon miró vivamente a su compañero.

—¿Qué cuchillo?

El *g-man* alzó un papel de seda que había a un lado del fregadero, dejando al descubierto un cuchillo de cocina. Wade lo examinó con toda su atención.

—No veo nada —musitó.

—Los demás cuchillos están... turbios, diría yo. Señalan que hace tiempo que no se usan. En cambio, éste lo vi muy limpio. Lo he apartado, lo he examinado con el visor automático... ¿Quieres verlo tú? Aquí, en esta parte de la hoja, tocando el mango.

Wade Hanlon utilizó el aparato, y estuvo mirando el cuchillo durante unos segundos. Cuando se enderezó soltó un gruñido.

—No veo nada.

—Bueno... Hay una pequeña manchita aquí, te lo aseguro.

—Debo estar ciego, ¿crees que es sangre?

—No estás ciego, hombre —sonrió el otro *g-man*—. Cada uno conoce su trabajo, y tú harás el tuyo mil veces mejor de lo que lo haríamos nosotros. Yo diría que sí es sangre. No sé. Lo analizaremos. Desde luego, desde luego —alzó una mano anticipándose a Wade—, veremos si toda corresponde al mismo grupo y por tanto probablemente a la misma persona.

—Bien. Mirad si veis más manchas por este apartamento y por el otro... Perdonad un momento —sacó su radio de bolsillo y admitió la llamada que había percibido por la vibración del pequeño aparato—. Wade Hanlon, ¿sí?

—Wade, soy Gordon. Ha llegado la respuesta de Washington respecto a las fotografías que les enviamos de Edmund Cobbs.

—Ah... ¿Qué dice esa respuesta?

—Edmund Cobbs se llama en realidad Edmund Valner. Hace nueve años era tesorero en una importante industria afincada cerca de Baltimore... Fue encarcelado por malversación de fondos. Cinco años, Wade. Salió y eso es todo.

—¿No se le vigiló?

—Nosotros, no. Fue una cuestión puramente civil. La policía le dedicó unos cuantos meses, pero se cansaron, porque Edmund Valner, o Cobbs, como prefieras, tomó un camino discreto y honrado. Luego se trasladó a Miami y decidieron olvidarlo. No hay nada más.

—Es bastante. ¿Han encontrado el coche?

—No. Pero un «Lincoln» no es un cigarrillo; lo encontraremos.

—De acuerdo. Yo sigo aquí.

—Está bien.

Cortaron la comunicación. Wade se guardó la radio y encendió un cigarrillo. Pasó al apartamento de Edmund Cobbs, y salió al pequeño descansillo rectangular de la escalera de madera que llevaba al jardín de la parte de atrás del edificio. Todo estaba lleno de maleza. Todavía había sol, de modo que podía ver la tierra, apretada, en los pocos puntos donde la maleza no crecía. También

habían algunas matas de flores que crecían extrañamente lozanas, como rabiosas de su abandono.

—Wade.

Se volvió.

—¿Qué hay?

—¿Necesitas dinero?

Wade Hanlon se desconcertó un instante.

—Bueno —masculló al fin—. Siempre he soñado con realizar unas estupendas vacaciones en Río de Janeiro.

—¿Te bastarían cuatro mil dólares?

Su compañero mostró la mano que había tenido a la espalda. En la mano sostenía unas pinzas metálicas. Y las pinzas sujetaban un fajo de billetes de cincuenta dólares.

—¿Dónde estaban?

El otro hizo una seña, y ambos fueron hacia allá. Al cuarto de baño. El federal alzó una mano, señalando hacia el depósito del inodoro. Luego, sobre la tapa de plástico de éste, un envoltorio de plástico, mojado.

—¿Estaban...?

No pudo terminar la frase. Otro *g-man* entró en el pequeño cuarto de baño, sosteniendo unos tubos de goma con unas pinzas.

—Qué sujeto tan extraño —comentó—. Fijaos lo que he encontrado escondido en la ropa de verano, en el armario: un estetoscopio. ¿Es médico ese hombre, Wade?

—No, que yo sepa.

—Pues yo sólo he visto estas cosas en manos de médicos. Se pone uno estos extremos en los oídos, aplica este otro en el pecho o la espalda del paciente, y se oye todo lo que pasa dentro del tórax... ¿Qué hago con este... instrumento?

—Déjalo donde estaba. No quiero que Edmund Cobbs eche nada de menos cuando regrese.

—De acuerdo.

El *g-man* salió y el otro agitó el dinero.

—¿Dejo también el dinero, Wade?

—¿Estaba en ese plástico, y metido en el depósito del agua?

—Claro.

—Lo dejaremos donde estaba, desde luego. Pero espera... Voy a tomar los números de serie: estos billetes parecen nuevos.

—Lo son. Y de numeración seguida. Es difícil sacar huellas de un papel, pero podemos intentarlo, si quieres. Hay métodos.

—No me compliques la vida. Ya veremos más adelante.

Tomó la numeración de los billetes, sin tocarlos más que con la punta de un bolígrafo, apartándolos uno a uno. Luego fueron devueltos al depósito higiénico del inodoro, que estaba alto, casi tocando la pequeña ventana. Wade se quitó los zapatos, subió al inodoro y miró por aquella ventana. Frunció el ceño al ver, una vez más, el descuidado jardín. Si él pudiera tener algo así en su apartamento, seguro que no dejaría de disfrutar del sosiego que significaría cuidar flores y plantas.

Salió del cuarto de baño, y llamó por la radio.

—¿Eres tú, Wade?

—Sí, señor. Estamos encontrando algunas manchas que parecen de sangre. Incluso en un cuchillo de cocina.

—¿En el apartamento de Cobbs?

—No. En el de James Rooney.

—Ah...

—Yo también lo encuentro extraño, señor. Joe ha encontrado cuatro mil dólares, en billetes de cincuenta. Estaban envueltos en plástico, y metidos en el depósito de agua del inodoro. Tengo la numeración. ¿La quiere, por si adelanta usted algo mientras?

—Adelante con esa numeración.

Wade la dictó, se guardó una vez más la radio, encendió otro cigarrillo y hundió las manos en los bolsillos del pantalón, mirando a todos lados del pequeño *living*, pero sin ver nada, en realidad; sólo sus pensamientos, que iban formando una teoría, hilvanándose.

—¿Tenéis para mucho? —preguntó de pronto.

Joe se le acercó, mirándole irónicamente.

—¿Lo quieres bien hecho o mal hecho?

—Bien hecho.

—Entonces, dos horas más, calculo.

—Pues me voy. No veremos en el despacho del jefe. Dejadlo todo igual que lo encontréis.

—¿Crees que sabremos?

Wade Hanlon sonrió. Se dirigió hacia la puerta. De pronto se volvió, una vez más frunciendo el ceño.

—Joe, echadle un vistazo a las escaleras de emergencia de la

cocina, las que bajan a ese jardín.

—¿Qué buscamos?

—No sé. Echadles un vistazo. Quiero decir que las examinéis muy detenidamente.

—Haremos un esfuerzo.

Eureka. En pocos segundos Wade Hanlon sonrió por segunda vez. Salió del apartamento, del edificio y poco después, en el coche, se dirigía hacia la delegación del FBI en Miami. Dirección exacta: 3801 Biscayne Boulevard. Miami, Florida. USA.

CAPÍTULO VI

—¿Quieres una buena noticia? —le espetó el inspector Gordon apenas apareció Wade en su despacho.

—Para variar, no estaría mal —aceptó Wade—. ¿De qué se trata?

El jefe de la delegación del FBI empujó un papel hacia el borde de la mesa. Wade se sentó, lo tomó y le echó un vistazo. En seguida, alzó la mirada, vivamente. Miró a su jefe, sacó luego el papel donde había anotado la numeración de los billetes encontrados en el depósito higiénico del cuarto de baño de Edmund Cobbs, e hizo un rapidísimo cotejo.

—Bien —murmuró—. Esos cuatro mil dólares forman parte de esta lista de números de billetes que, en total, suman un millón ochocientos mil dólares. ¿Qué? ¿No serán los que...?

No dijo nada más. Durante unos segundos, estuvieron mirándose sonriendo Gordon que, por fin asintió con la cabeza.

—Exactamente. Ésa es la cantidad que robaron hace tres días en la sucursal de Hialeah del First National Bank. Y esa numeración que tienes en las manos, es la que corresponde al dinero robado. De donde se desprende que los cuatro mil dólares encontrados en el departamento de Edmund Cobbs son parte del millón ochocientos mil dólares robados en el First National Bank de Hialeah.

—Demonios... Parece que las piezas van encajando, señor.

—Yo creo que sí. ¿Te parece que esa chica puede saber algo del asunto?

—¿Del robo del Banco? No..., no creo.

—Entonces, quizá convendría preguntarle a Edmund Cobbs directamente. Parece estar bien claro que él sabe algo del robo al Banco. Es posible que tomase parte en él.

Wade Hanlon quedó estupefacto.

—¿Bromea usted, señor? —exclamó.

Gordon sonrió, entornando astutamente los ojos.

—Quizá tú tengas una teoría mejor, genio.

—Y usted también —casi rió Wade—. Oh, vamos, los dos tenemos ideas muy claras sobre lo que ha sucedido, señor.

—Te aseguro que hoy tengo la cabeza pesada. ¿Cuál es tu teoría?

—De acuerdo... Seré yo quien expondrá la teoría *que los dos estamos pensando*. Veamos... James Rooney, y unos cuantos tipos más asaltan la sucursal en Hialeah del First National Bank, y se llevan nada menos que un millón ochocientos mil dólares. Mientras tanto, Cora Silverton está esperando a James Rooney en un motel, al cual piensa acudir él, dejando así establecida una coartada, ya que le habría hecho decir a la muchacha que estuvo todo el tiempo con ella en la cabaña del motel. Pero antes pasa por su apartamento, cualquiera sabe por qué. Entonces, Edmund Cobbs lo mata, y se queda con la parte del botín que le ha correspondido a James Rooney. Probablemente, tenga en el apartamento sólo esos cuatro mil dólares, para ir tirando; el resto lo habrá depositado en una caja de alquiler. Mientras va sucediendo esto, Cora Silverton se impacienta y acude en busca de James Rooney. No lo encuentra, pero sí un dedo de Rooney que ha sido identificado por nosotros. Conclusión: James Rooney ha desaparecido, pero el dinero, es decir parte de él, aparece en el cuarto de baño de Edmund Cobbs, y un dedo de Rooney ante la puerta del apartamento de Cobbs. No puede estar más claro.

—Ni más horrible —musitó Gordon—. Todo parece indicar que, después de matar a Rooney, Edmund Cobbs lo... hizo pedazos, y se lo fue llevando de allí, para enterrarlo o tirarlo al mar. Pero perdió un dedo. Es lo único que tenemos, lo demás no creo que lo encontremos jamás.

—Quizá sí —susurró Wade—. Es posible que el resto del cadáver no esté muy lejos, señor.

—¿Muy lejos de dónde?

—Del apartamento de Edmund Cobbs. Hay un jardín en la parte de atrás del edificio. Un jardín lleno de malezas, que nadie cuida... Es un buen sitio para enterrar un cadáver despedazado. Sí... Podría ser así.

—Lo encuentro muy peligroso para Cobbs; si eso lo hubiera

hecho yo, habría llevado los pedazos del cadáver más lejos.

—¿Para qué? Ese jardín no lo cuida nadie, y seguramente habrá enterrado muy profundamente los pedazos del cuerpo de James Rooney. Carl encontró en el apartamento de Rooney un cuchillo que parecía tener restos de sangre. Los demás cuchillos no habían sido tocados hacía tiempo. En cambio, había uno muy limpio, a pesar de lo cual aún quedaban manchas de sangre. Pudo ser utilizado... para el trabajo.

—¿Estás diciendo que Cobbs mató y descuartizó a Rooney en el propio apartamento de éste?

—Claro. Se enteró del asunto del atraco del Banco, y cuando Rooney llegó lo mató, y lo...

—¿Cómo pudo enterarse Cobbs de semejante cosa?

—Pues... no sé... Vaya, esto es... ¡El estetoscopio!

—¿Qué dices?

Wade chascó sonoramente dos dedos.

—¡El estetoscopio! Había un estetoscopio metido entre la ropa de verano de Edmund Cobbs, señor. Y las paredes no son muy gruesas en esos apartamentos, seguramente... —entornó los ojos, recordando—. Sí, desde luego, sí...

—¿De qué hablas? —refunfuñó Gordon.

—El *living* del apartamento de Cobbs y el *living* del apartamento de James están separados solamente por un tabique. Quizá lo bastante grueso para que se pueda oír bastante utilizando un estetoscopio, que haría de amplificador de sonidos. Tenemos que suponer que Cobbs sospechó algo de Rooney, quizá porque recibía allá a sus compañeros para planear el atraco del Banco quizá por alguna llamada telefónica... Edmund Cobbs pudo muy bien enterarse de todo por tan sencillo sistema. Y, en lugar de denunciar a la policía lo que sabía, se calló, esperó a que James Rooney llegase a su apartamento con su parte del botín y lo mató y le quitó el dinero.

—¿Y luego lo descuartizó y lo enterró en el jardín?

—Sí.

—Dime entonces qué hacía el dedo de Rooney *fuera* del apartamento de Rooney y precisamente delante del de Cobbs.

—Bueno... ¡Ya está!

—Eres muy rápido pensando. ¿Qué es lo que ya está?

—Veamos... Cobbs mata a James Rooney en el apartamento de éste. Luego decide enterrarlo en el jardín, pero, en previsión a que alguien pueda verlo bajando y subiendo del jardín desde el apartamento de Rooney, decide efectuar los viajes al jardín partiendo de su propio apartamento. Para ello, hace pedazos a Rooney en su propio apartamento, y luego los va llevando al suyo, para desde allí bajar al jardín e ir enterrando los restos del cadáver, y en uno de estos viajes de apartamento a apartamento, se le cae un dedo de Rooney sin que él se dé cuenta.

Gordon quedó pensativo unos segundos. Por fin asintió varias veces con la cabeza.

—Eso parece tener sentido —admitió—. Es lo que estaba pensando yo desde que supe que los billetes encontrados en el apartamento de Cobbs pertenecen al lote robado en Hialeah... Y con lo del estetoscopio, se resuelven mis pequeñas dudas. Convendría cavar en ese jardín, ¿no te parece?

—¿Ya?

—¿Qué quieres decir?

—Si los restos de James Rooney están enterrados en ese jardín, no creo que desaparezcan.

—Por supuesto que no. Dime, ¿adónde quieres ir a parar?

—Podríamos intentar recuperar todo el dinero, no solamente cuatro mil dólares, señor.

Gordon sonrió astutamente.

—Tenemos a algunos muchachos investigando precisamente ese atraco.

—Que sigan haciéndolo. Que nadie note nada especial en la actuación del FBI en este caso. Mientras tanto, nosotros trabajaremos por otro lado, partiendo de lo que tenemos. No hay prisa en desenterrar el cadáver. Además, si lo hacemos esta misma noche, Edmund Cobbs regresaría antes de que hubiésemos terminado, posiblemente. Yo creo que el asunto del asesinato de Rooney está prácticamente resuelto: podemos echarle el guante a Cobbs cuando queramos. Por lo tanto, vamos a por ese millón ochocientos mil dólares.

—¿Quieres llevar dos casos a la vez?

—Es el mismo caso, señor. Con derivaciones, desde luego. ¿Es ésta la ficha de James Rooney? —Alzó una carpeta que había a un

lado de la mesa de Gordon y miró la portada—. Sí, ésta es. Vamos a ver qué cara tiene la víctima.

—¿Para qué?

—Para asegurarnos que estamos ante la verdadera pista de ese atraco. Podríamos hacer unas copias de las fotografías que tenemos de Rooney y enseñárselas a los empleados del Banco... —Se mordió los labios, de pronto—. Mala suerte, no recordaba que efectuaron el atraco cubriéndose el rostro con medias.

—Así es. No podría identificarles nadie.

Wade movió pesarosamente la cabeza, y echó un vistazo a las fotografías. Frunció el ceño al verlas. Desde luego, James Rooney no era un sujeto agradable, largas melenas, barbudo, ojos pequeños y vivos... Con sus negrísimos cabellos hirsutos, y aquellos ojos, además de la boca pequeña, de labios finos, crueles, era la estampa viva del maleante.

—Es una lástima —masculló—. Un sujeto así habría sido muy fácil de identificar. Pero, de todos modos, yo creo que estamos en la buena pista. ¿Han encontrado el «Lincoln»? —preguntó de pronto vivamente.

—Todavía no.

—Ésa podría ser una buena pista. Aunque la que tenemos no es mala.

—Hasta aquí, todo cuanto has ido diciendo ya lo había pensado yo más o menos —refunfuñó Gordon—. Pero que me aspen si te entiendo ahora. ¿Acaso tenemos alguna pista, aparte de Edmund Cobbs? ¡Por todos los demonios! —exclamó finalmente.

—Exacto, señor... —sonrió Wade—. Tenemos a la chica.

—¿Crees que los del «Lincoln» la seguían a ella?

—¿A quién, si no? ¿A mí, un agente del FBI? Oh, vamos...

—No tenían por qué saber que eres un agente del FBI.

—Desde luego. Y por eso me siguieron en el «Lincoln» hasta que vieron que venía a la delegación. Entonces, huyeron a toda prisa... Pero una cosa está clara: si me siguieron era porque yo estaba con Cora Silverton. Los compañeros de James Rooney deben conocer a Cora, pero no la buscaban a ella en el apartamento de Rooney, sino quizá al propio Rooney. Cuando la vieron a ella con un desconocido, decidieron seguirla.

—¿Con qué objeto?

—Quizá encontrar a James Rooney por medio de la Silverton, ya que no podían encontrar directamente a James Rooney.

—Sí, sí, entiendo... Pero ¿para qué querían encontrar a James Rooney? Eso parece más bien una imprudencia estúpida: ya habían cometido el atraco, se habían repartido el dinero. Lo más sensato era separarse, cada uno por su parte, y olvidarse mutuamente. A menos...

Gordon se quedó mirando estupefacto a Wade Hanlon, que sonreía de aquel modo leve, seco, áspero. Fue Wade quien terminó la frase:

—... A menos que no tenga cada uno su parte porque, cuando se separaron después del atraco, James Rooney se llevó todo el dinero.

—¡Por Dios! Si esa banda está buscando a Rooney y realmente éste se llevó todo el dinero después del atraco, esa gente no va a dejar en paz ni un instante a Cora Silverton, esperando que los lleve hasta donde ellos deben creer que se esconde Rooney. Porque, claro, ellos no sospechan nada sobre Edmund Cobbs.

—Podría ser todo eso, en efecto, señor. Y yo me pregunto..., ¿por qué no dejarles que encuentren lo que buscan? Será el mejor medio de encontrar nosotros al resto de la banda.

—Sí... ¡Desde luego, sí! Y si conseguimos a toda la banda y detenemos luego a Cobbs, lo habremos terminado todo en un solo trabajo.

—Eso pienso. Por tanto, vamos a dejar tranquilo a Cobbs, de momento, y lancemos el cebo para esa banda que se llevó un millón ochocientos mil dólares de un Banco federal... A ver si le gusta mi plan: yo salgo de aquí con Cora Silverton, y...

CAPÍTULO VII

—¿No sería mejor que..., que me hubiese quedado con ustedes?
Wade Hanlon sonrió amablemente a Cora Silverton.

—No tiene por qué preocuparse, señorita Silverton. Nada va a ocurrirle. Tenemos bien vigilado a Cobbs, y, además, él no sabe nada de usted. Le agradecemos mucho su colaboración, pero ya la hemos molestado bastante. ¿Recuerda el número de la delegación?

—Sí..., sí.

—Pues si algo necesitase del FBI, llame. Acudiremos en seguida. Pero repito: no tiene nada que temer. Buenas noches. Y de nuevo gracias por su paciencia y colaboración.

Se apeó del coche, lo rodeó y abrió la portezuela del otro lado, tendiendo la mano a la muchacha para ayudarla a salir. Luego, tomándola afectuosamente por el brazo, la llevó hasta el portal del edificio de apartamentos en Surfside, exactamente en el número 240 de Carlyle Avenue. Un bonito edificio que según explicaba el luminoso disponía de piscina en la parte de atrás.

—Evidentemente —comentó Wade—, el señor Rooney era generoso con usted, a pesar de estar pasando dificultades últimamente. ¿Pagaba él este apartamento?

—Bueno, yo..., yo trabajo de cuando en cuando...

—¿De veras? ¿En qué?

—Pues... bien, hago... un poco de..., de vodevil, a veces algo de..., de *strip-tease*. Muy pocas veces. Yo..., yo...

Wade le palmeó cariñosamente la mano.

—La entiendo. De todos modos, debería aceptar un buen consejo, ahora que parece que Rooney ha desaparecido... ¿Por qué no intenta encauzar su vida de un modo menos... molesto? Piense en ello. Y buenas noches otra vez.

La dejó en la entrada del edificio y regresó al coche. Ya ante el volante, se volvió a mirarla. Ella continuaba allí, vuelta hacia él,

como petrificada. Wade saludó con una mano, puso el coche en marcha, y se alejó tres manzanas. Detuvo el coche entonces, sacó la radio de bolsillo y llamó:

—¿Bromley?

—Hola, Wade.

—¿Estáis en buen sitio?

—Perfecto. Kinkaid y yo nos vamos a dejar los ojos en ese portal. Si ella sale, o vemos algún tipo sospechoso que entra en el edificio, te avisaremos. ¿Podrás hacer tu parte sin ayuda?

—Espero que sí —musitó Wade—. Hay piscina detrás del edificio. De modo que tendrás un sistema para bajar a ella sin salir a la calle. Eso aparte de que podré utilizar la escalera de incendios. Tranquilos... Y mucho ojo.

—Descuida.

—Vale.

Cerró la radio, salió del coche y regresó hacia el edificio de apartamentos.

Mientras, justo en aquel momento, Cora Silverton encontraba en su bolso la llave de su apartamento. Entró, dio la luz, cerró la puerta y recorrió el corto pasillo, sonriendo, hacia el *living*. Su sonrisa quedó como petrificada en sus bonitos labios en cuanto puso los pies en el *living*. Y sus ojos se abrieron, en claro gesto de espanto al ver a los dos hombres, sentados cachazudamente en sendos sillones. Su cerebro empezaba a dictarle la orden de dar media vuelta y escapar a toda prisa, cuando uno de los hombres la apuntó con una tremenda pistola provista de silenciador.

—Es mejor que acabes de entrar, palomita.

—Sí —dijo el otro mirándose las uñas—. Es mejor. Tenemos que hablar contigo, guapa.

—Lo han matado —jadeó Cora—. Os aseguro que lo han matado, yo no sé nada de todo esto. Os lo juro, no sé nada. No me matéis.

—¿Por qué te asustas tanto? —sonrió el de la pistola—. Sólo queremos charlar un rato contigo, mujer. Vamos, siéntate aquí, tranquilita y sonriente. Eres muy linda, de veras. ¿Verdad, Martín?

—Sí que lo es —volvió a mirarse Martin las uñas—. Es muy bonita, Davis. Siempre dije que James tenía mucho gusto en cuestión de chicas.

—Sí..., es cierto... Oh, y ya que hablamos de James, ¿dónde está él, preciosa?

—Lo han matado... ¡Os juro que lo han matado!

Cora Silverton se dejó caer en el sofá, escondió el rostro entre las manos y rompió en sollozos. Martin y Davis cambiaron una hosca mirada.

—¿Quién lo ha matado? ¿El FBI?

—No..., no..., no.

—Pero tú estás en buenas relaciones con el FBI, ¿verdad? ¿Qué fuiste a contarles? ¿Te habló James de lo del Banco y tú fuiste a darles el chivatazo a los del FBI?

—Yo no he dado ningún chivatazo. Por la sencilla razón de que no sabía nada de nada. No sé de qué me habláis.

—¿No? Dinos entonces qué fuiste a hacer con un tipo del FBI al apartamento de James.

—Yo..., yo encontré un dedo de James, y...

—¿Un qué?

—¡Un dedo! Por eso fui al FBI, porque me asusté. Yo no sé nada de las cosas de James, ni de Bancos... Pensé que lo habían matado y que...

Atropelladamente, liándose en algunos momentos en el relato, Cora Silverton puso al corriente de lo que ella sabía sobre el asunto a los dos individuos, y pese a la incoherencia de algunos pasajes de la explicación, ambos quedaron perfectamente enterados al final. Cambiaron una mirada, nuevamente, y el de la pistola comentó:

—Parece un cuento de miedo.

—Os juro que es la verdad. Yo no sé...

—Escucha, preciosa, no estamos bromeando. Hay en el aire nada menos que un millón ochocientos mil dólares, ¿comprendes? Para tu conocimiento, te diré que ese dinero lo tiene... o lo tenía James. Tenía que haberse presentado en cierto lugar, para repartirlo, después de que lo... conseguimos, pero él no se presentó. Hemos estado vigilando su apartamento y te vimos llegar a él. Luego, te vimos salir, te seguimos hasta el FBI. De allí saliste con un tipo, pero como aún no estábamos seguros de que él fuese del FBI, os seguimos. Os volvimos a seguir y entonces nos convencimos de que aquel sujeto no era un amigo tuyo que te había esperado allí, sino un federal. Y muy listo porque si nos descuidamos nos atrapan.

Ahora, escucha bien: el juego ha terminado, de modo que nos vas a decir dónde se esconde James con el dinero.

—Pero no es así, no es cierto... Ya os lo he dicho... Ese agente del FBI me ha contado algunas cosas. Sospechan de ese vecino de James, el que se llama Edmund Cobbs, han encontrado algunas pruebas. El FBI piensa que Cobbs mató a James y que ahora tiene el dinero. Es todo lo que puedo deciros.

—Parece que es sincera —rió Martín—. ¿Verdad, tú?

—No sé. Esta clase de mujerzuelas hablan más que mienten... Tienen mucho cuento encima, te lo digo yo. Y a lo mejor hasta es artista o algo así... ¿Qué dices a eso, preciosa?

—No..., no soy artista... Solo... hago *strip-tease* algunas veces.

—Bueno, es algo parecido: mucho cuento. Con que *strip-tease*, ¿eh? Bueno, haznos una demostración, encanto.

—¿Una..., una...?

—Una demostración. ¿Eres idiota o qué?

—Pe-pero...

Davis se acercó a Cora Silverton y de pronto, de un manotazo, arrancó prácticamente toda la parte superior del vestido de la muchacha, incluidas las prendas íntimas. Cora se tambaleó, abrió mucho los ojos y la boca..., pero un espantoso bofetón se la cerró, derribándola de nuevo sobre el sofá. Davis la asió por los cabellos, y la incorporó de un rudo tirón.

—Escucha, cretina, todas esas mentiras se las vas a contar a un productor de Hollywood a ver si te hacen una película. Nosotros no queremos cine, ni teatro, ni nos chupamos el dedo. Conque o nos dices dónde está James, o te...

—Suéltela —dijo una voz, detrás de los dos matones.

Los dos quedaron como petrificados, mientras Cora, lanzando un gemido de alegría, se apartaba de ellos, poniéndose en pie, sujetándose los jirones de ropa con ambas manos, mientras contemplaba a Wade Hanlon, en el umbral de la cocina, pistola en mano.

—Señor Hanlon, ellos...

—Tranquilícese. A mí sí me ha convencido, Cora. Me proponía vigilarla, por si tenía usted su propio juego, así que la dejé marchar de la delegación para eso. He subido por la escalera de incendios, para espiarla —sonrió secamente—. Y me alegro mucho de haberlo

hecho. Vaya a ponerse otro vestido, por favor. Volverá conmigo a la delegación. Y ustedes también —añadió más secamente—. De momento, saquen sus armas y tírenlas sobre el sofá, sin volverse. Luego, retrocedan. Siempre en alto las manos. ¡Vamos!

Davis y Martin obedecieron en todo. Cuando estuvieron apartados del sofá, Wade hizo una seña a Cora, insistiendo para que fuese a ponerse otro vestido. La muchacha entro en el dormitorio y el *g-man* comenzó a caminar hacia el sofá, sin perder de vista a los dos sujetos. Recogió las dos pistolas, se metió una en cada bolsillo y retrocedió, para ocupar, el lugar inicial, frente a la cocina.

Sacó la radio de bolsillo entonces.

—¿Sí, Wade? —Oyó la voz de Bromley.

—Subid en seguida al apartamento de la chica. Tengo a dos pájaros que la estaban esperando en la jaula.

—Bien. Vamos ahora mismo.

Wade guardó la radio, siempre mirando fijamente a sus dos detenidos. Y de pronto vio un brillante destello en sus ojos. Un destello de alegría de triunfo. Comenzó a volverse como un relámpago, pero...

¡Clock!

Tuvo la sensación de que una bomba estallaba dentro de su cabeza, que se llenó de millones de lucecitas de todos los colores, girando vertiginosamente. Cuando, tras sacudirla, su visión se aclaró, vio el suelo muy cerca de su rostro. Estaba caído de rodillas y manos y...

Y recibió un espantoso puntapié en el vientre, que le hizo saltar, dar la vuelta y caer de espaldas crispado, como sumido en un negro, angustioso pozo... del cual intentó salir, incorporándose, sentándose en el suelo. Y haciendo esto, sintió unas náuseas terribles, todo dio vueltas y acabó por hundirse en aquel negrísimo pozo.

Quedó desvanecido junto al hombre que le había golpeado con la pistola primero y con el pie después. Éste lanzó un gruñido y miró a sus compañeros torvamente.

—Si no fuese del FBI, lo liquidaba ahora mismo. Pero no nos convienen esa clase de líos, par de idiotas.

—Escucha, Ricky. Este sujeto subió por...

—Por donde he subido yo, que le vi a él hacerlo. Suerte tenéis que yo pienso en todo. Y ahora larguémonos de aquí, antes de que

lleguen sus compañeros. Matad a la chica.

Davis y Martín quitaron sus pistolas al *g-man* y fueron hacia el dormitorio, pero Cora Silverton había cerrado la puerta por dentro y comenzó a gritar histéricamente cuando el pomo se movió. Martín apuntó a la cerradura.

—La voy a...

—¡Déjala! —ordenó Ricky Bolters—. Estamos perdiendo demasiado tiempo. Larguémonos por la escalera de incendios mientras esos federales suben por el ascensor.

Se precipitaron los tres hacia la cocina y comenzaron rápidamente el descenso. Ricky en primer lugar. Pero aún no habían descendido dos de los cuatro pisos cuando en el descansillo de la escalera de incendios apareció la silueta de un hombre.

—¡Alto! —Le oyeron—. ¡Alto o disparo!

Ricky aumentó la velocidad de bajada, mientras Davis y Martín miraban hacia arriba, y disparaban a la vez contra el federal que les ordenaba detenerse. La respuesta llegó en el acto. Y Davis, lanzando un alarido agudísimo, saltó la baranda metálica y se precipitó hacia el suelo, empujado por las dos balas recibidas de arriba abajo en pleno pecho.

Todavía estaba su alarido vibrando en el aire, cuando Martin volvía a disparar hacia arriba varias veces, obligando al federal a buscar protección. Momento que aprovechó Martin para seguir a toda velocidad escaleras abajo. Se oían exclamaciones asustadas en el edificio y se encendían luces en muchas ventanas que daban a la parte de atrás. Abajo se encendió una luz pequeña, rojiza. Luego se encendieron los focos que servían de iluminación a la piscina y a esa luz, ya corriendo por el césped, destacó claramente a Martin, en pos de Ricky, que ya no podía ser visto desde arriba.

¡Pack!, sonó arriba otro disparo.

Martin lanzó un chillido, dio la vuelta en el aire, cayó de bruces, y se puso en pie rápidamente, para seguir corriendo, cojeando...

¡Pack!

Esta vez, Martin se detuvo en seco, de un modo asombroso. Subió sus manos al pecho, miró luego la sangre en ellas y comenzó a caminar, dando largos traspies, tambaleándose mientras Bromley, pistola en mano, descendía por la escalera de incendios a una velocidad de suicida. Cuando llegó abajo, Martin estaba

tambaleándose en el borde de la piscina, pero no le hizo caso, pues sabía que estaba tocado. Alzó la cabeza.

—¡Kinkaid, uno ha escapado por delante! ¡Baja a por él! —gritó.

En aquel momento, Martin caía de cabeza en la piscina, rígido como un poste. Se oyó un chapoteo y silbidos policiales. Bromley corría entre las columnas que alzaban el edificio, hacia la parte de delante. Cuando llegó allí, se oía con toda su potencia La sirena de un coche de la policía, se notaba una excitación en la calle. Kinkaid apareció por el portal, pistola en mano, como lanzado por un cañón.

—¡Bromley! —gritó—. ¿Lo tienes?

Bromley refunfuñó algo, se guardó la pistola con un gesto furioso, y se quedó mirando, sombríamente, al policía que se acercaba a él, pistola en mano, dándole el alto.

—Al demonio todos —masculló.

CAPÍTULO VIII

—¿Dónde estoy?

—En casa, hombre. Todo va bien.

Wade Hanlon se sentó, se llevó las manos a la cabeza, gimiendo, y sólo segundos después se atrevió a abrir los ojos. Lo primero que vio, sentada en un rincón, fue a Cora Silverton, palidísima, mirándole con los ojos tan abiertos que parecía que fuesen a caérsele al suelo de un momento a otro.

—Me alegra que esté bien, señorita Silverton.

—Usted..., usted me..., me salvó la vida.

—Algo bueno tenía que hacer... Hola, chicos... Hola, jefe.

—Hola —sonrió Gordon—. ¿Quieres una aspirina?

—Mejor dos —se palpó la cabeza y sonrió como quien realiza el acto más penoso del mundo—. Parece que la tengo entera, ¿no?

—Tienes más cabeza que antes —sonrió Bromley—. Al menos, más grande, debido al chichón. Tómate esto.

Se tiró las aspirinas a la boca, bebió un trago de agua, y estuvo con los ojos cerrados, no menos de dos minutos, inmóvil, relajado. Por fin abrió los ojos y suspiró.

—Supongo que se me pasará, ¿qué ocurrió?

—Cazamos a dos..., pero no dirán nada.

—Entiendo. Mala suerte. Pero —miró a Gordon— al menos queda comprobada nuestra teoría, señor.

—Sí. La señorita Silverton nos ha contado lo que pasó entre ella y los dos tipos. Todo concuerda. ¿Pudiste oírlo tú? Me refiero...

—Sí, sí. Llegué a tiempo de oírles algunas cosas...

—El tipo que escapó se llama Ricky —dijo Kinkaid—. Es todo lo que oyó la señorita Silverton... ¿Qué te pasa? ¿Te duele?

Wade dejó de apretarse la cabeza entre las manos, y lanzó un profundo suspiro.

—Un horror —admitió.

—Es extraño que no te dieras cuenta de que te atacaban por detrás. Tienes el oído muy fino, Wade.

—Sí, pero estaba hablando con Bromley cuando ese tipo debió llegar, y mi propia voz me impidió oír su llegada. Bueno..., parece que hemos perdido la pista de esa gente. A menos —miró a Cora—, que usted sepa dónde encontrar a esos «amigos» de James, señorita Silverton.

—Sólo sé que James se reunía a veces con algunos amigos en un *cabaret* llamado The Red Knife. Lo recordé cuando oí el nombre de Ricky, no sé por qué.

—Ah... Algo es algo. Aunque no creo que estén por allí los de la banda, quizá convendrá avisar.

—Ya envié a unos muchachos —sonrió Gordon—. Pero no espero ningún resultado, desde luego. Ese Ricky no será conocido allí. No al menos lo bastante para que nos puedan decir dónde encontrarle. Lo que sí sabemos ya es que Sam Bowers, el vecino de Rooney que tiene una lancha, está hace días en las Bahamas, en efecto.

—Es decir, que sólo nos queda Edmund Cobbs por toda pista para encontrar el dinero... y quizá a la banda, pues ahora que saben su intervención en lo del dinero buscarán a Cobbs. Desde luego, por nuestra parte, ni hablar de volver a utilizar a la señorita Silverton; ella se quedará aquí hasta que todo termine, ¿no, señor?

—Desde luego.

—Es lo mejor —musitó Wade—. ¿Qué se sabe de Cobbs en estos momentos?

—Está trabajando. Su último turno. Es un café. No creo que tarde mucho en salir —Gordon miró su reloj—. Son más de las once.

—¿De la noche o del día? —preguntó Wade.

—De la... Oh, vamos, qué buen humor tienes...

Rieron todos, y aún rieron más cuando Wade se sujetó la cabeza con ambas manos, y gimió su espantoso dolor.

—Parece que los golpes le sientan bien... Para el humor, claro... —se apresuró a añadir Kinkaid—. Normalmente, sólo ríe cuando le duele algo. Eres un tipo raro, Wade. ¿No es más fácil reír cuando algo te guste?

—¿Hay algo que pueda gustarme?

—Hombre...

—Largaos —intervino Gordon—. Id a relevar a los otros en cuanto llegue Edmund Cobbs a su apartamento. Y no quiero fallos.

—Otra noche en el coche —suspiró Bromley—. Bien, será mejor que nos resignemos. Hasta la vista, Wade.

—Adiós.

En el despacho, quedaron Gordon, Hanlon y Cora Silverton. El primero llamó a su ayudante, y le encargó que volviera a acomodar a Cora en la delegación hasta nueva orden. Solos al fin el inspector jefe y uno de sus mejores agentes, el primero preguntó:

—¿Acabamos ya con esto, Wade?

—Si sólo se tratase del asesinato de Rooney, sería lo mejor. Pero ya nada podemos hacer por él, y en cambio podríamos intentar recuperar ese millón ochocientos mil dólares. Puesto que estábamos en lo cierto y Rooney fue el encargado de marcharse con el dinero para esconderlo de primera estancia, y repartírselo toda la banda más adelante, creo que sólo una persona puede saber ahora dónde están casi dos millones de dólares.

—Edmund Cobbs. Es decir, Edmund Valner, el hombre que hace años cometió un desfalco... Parece que sigue gustándole el dinero..., sin tener que sudarlo demasiado. ¿Qué esperas que él haga? ¿Llevarnos hasta donde tenga escondido el botín que le arrebató a Rooney?

—No sé.

—Era tesorero de una gran empresa, Wade. Es un hombre listo. Mmm... No sólo listo, sino inteligente, que no es lo mismo, aunque lo parezca. Un hombre así resultará difícil de atrapar. De momento, tiene cuatro mil dólares. Con ese dinero puede ir pasando muchas semanas sin cambiar de sistema de vida. No disponemos de tanto tiempo.

—Tenemos retirada de la circulación a Cora Silverton. Si hacemos lo mismo con Edmund Cobbs, podemos despedirnos de atrapar al resto de la banda que asaltó el Banco de Hialeah.

—¿Insistes en que la banda irá ahora a por él?

—De la banda de cinco que asaltó el Banco, han caído ya tres: Rooney, y los dos que fueron a por la chica. Quedan ahora el tal Ricky y otro. Sólo dos hombres. ¿Cree usted que dejarán perder toda probabilidad de hacerse con ese dinero... para dos?

Gordon movió negativamente la cabeza.

—No lo harán. Pondré más vigilancia cerca de Cobbs, y...

—Yo pondría menos.

—Ah... Sí, está bien pensado. Eso los confiará más. Pero ya saben que tenemos a Cobbs bajo vigilancia, Wade. Yo no alargaría más esta situación. Por otra parte, me gustaría acabar con toda la banda, completa, desde luego... No sé. Y habría que cavar en ese jardín, para recoger los pedazos de James Rooney... No puedo dilatar más esto, Wade.

—Es una lástima, señor.

—Lo sé —Gordon frunció el ceño y apretó los labios—. Vamos a esperar un poco más. ¿Qué te parecen... treinta y seis horas?

—Menos es nada.

—Pues está decidido Si para pasado mañana al mediodía Edmund Cobbs no ha hecho nada, ni ha sido molestado por la banda, lo detendremos..., después de cavar en el jardín, naturalmente. Mientras tanto, hoy más que nunca te conviene ir a descansar. Y descansa también mañana por la mañana. Ven aquí después del almuerzo, te diré cómo están las cosas y, si no hay nada nuevo, te encargarás tú por unas horas de vigilar a Edmund Cobbs.

—Trabajo tranquilo.

—Sí... Trabajo tranquilo. Hasta mañana, Wade.

—Buenas noches, señor.

CAPÍTULO IX

A las cinco en punto de la tarde siguiente, Wade Hanlon estaba delante del edificio donde Edmund Cobbs tenía su apartamento. Pero con una particularidad: él se proponía efectuar la vigilancia a pie, mientras que dos de sus compañeros, Gowan y Melvin, se mantendrían a discreta distancia en un coche, por si era necesario en unos momentos. Sabían que Edmund Cobbs no tenía coche, pero debían estar prevenidos para cualquier posible sorpresa.

Y puesto que Wade se había propuesto seguir de cerca a Edmund Cobbs, decidió hacerlo bien. Un tipo como Cobbs, que ya había tenido cuentas con la ley, debía quizá tener un olfato especial para identificar a uno de sus representantes vestido con seriedad y sobriedad. De modo que Wade Hanlon recurrió a su ropa deportiva: unos pantalones *blue-jean*, zapatillas de lona, jersey de hilo y encima otro de cuero abierto, oscuro. El único inconveniente con esta indumentaria era la pistola, pero lo solucionó cambiándola por otra más pequeña, que se colocó en el cinturón, en el costado izquierdo.

A las cinco y diez, Edmund Cobbs salió de su apartamento, al parecer con su mejor traje, impecablemente planchado. Recién afeitado, rutilantes los zapatos negros. Absolutamente impecable.

Subió por Belvidere Drive, hasta el cruce con la 10th N. E. Avenue y, en la misma esquina, entró en una floristería, para asombro de Wade. Permaneció a la espera durante tres o cuatro minutos, al cabo de los cuales apareció Cobbs, llevando en una mano un bonito ramo de flores.

La revelación fue rápida en la mente del *g-man*; Edmund Cobbs tenía fiesta aquella noche, de modo que no iba a trabajar, sino a ver a una mujer. Eso era inesperado por completo, y sumamente interesante.

Muy interesante.

Edmund Cobbs siguió por la N. E. 10th Avenue arriba, cruzó Biscayne Boulevard, y entró en el parque municipal de Miami Shores Country Club. Y no vaciló ni un instante respecto a la dirección a seguir, de modo que Wade pensó que no era la primera vez que acudía a aquella cita.

Volvió la cabeza, para comprobar la presencia de sus compañeros, pero no pudo verlos. Debían haberse apeado del coche, y por supuesto hacían muy bien en permanecer ocultos incluso a las miradas de él mismo. Lo importante era que estuvieran cerca. Para salir del parque Edmund Cobbs tendría que caminar lo suficiente para que Gowan y Melvin tuvieran tiempo de ir de nuevo al coche. Pero, por allí, tenían que desplazarse todos a pie.

Vio a la muchacha de pronto, quizá atraída su atención por el hecho de que ella se pusiera de pie, abandonando el banco en el que había estado sentada para dirigirse al encuentro de Edmund Cobbs. Y al verla, tan sólo con aquel primer vistazo, Wade Hanlon notó una especie de impacto en el pecho, un vacío en el estómago. En toda su corriente sanguínea, de pronto, se produjo una tremenda aceleración, posiblemente igual que ocurre en el motor de un coche cuando se hunde a fondo el pedal del gas.

Se quedó clavado junto a aquellos arbustos, contemplando la dulce y al mismo tiempo electrizante belleza de la muchacha. Estaba de espaldas al sol rosado de la tarde, y sus cortos cabellos parecieron de fuego por un instante, cuando su cabeza se movió al alzar la mano en dirección a Cobbs. Y mientras ella caminaba a su encuentro, Wade Hanlon pasó aquellos segundos completamente en blanco, olvidado de quién era y de lo que estaba haciendo allí. Lo único que sabía era que estaba viendo a la muchacha más dulce, bonita, elegante y escultural del mundo. Sí... Del mundo, ni más ni menos.

Boquiabierto, paralizada toda su capacidad de reacción, la vio llegar ante Edmund Cobbs, sonreír de un modo que hizo girar la cabeza del *g-man* y besar a Cobbs en ambas mejillas. Luego, tomó el ramo de flores, se echó a reír (provocando una explosión en el acelerado corazón de Wade Hanlon), se cogió del brazo de Cobbs y ambos caminaron hacia el banco donde ella había estado sentada. Lo hicieron los dos, y la muchacha tomó la mano de Cobbs, tiernamente, diciendo algo... a lo que Cobbs respondió con un gesto

negativo de cabeza.

Lo cual hizo fruncir el ceño a Wade. ¿Qué clase de tipo era aquél, capaz de negarle algo a una muchacha semejante? Ciertamente, Cobbs era un sujeto apuesto, elegante, atractivo..., pero la muchacha lo era más. Mucho más. Por otra parte, había la suficiente diferencia de edad para que, con sólo eso, Cobbs pudiera darse por satisfecho de sus relaciones. ¡Si hasta podía ser su padre, el muy...!

Wade Hanlon quedó estupefacto ante este último pensamiento. Pero aún no había tenido tiempo de empezar a asimilarlo realmente cuando de pronto por detrás de unos arbustos, muy cerca de Cobbs y la muchacha, aparecieron dos tipos, ambos con las manos en el bolsillo derecho de la chaqueta. Y esto sí lo asimiló en el acto el agente del FBI. La idea brilló en su cerebro prácticamente antes de ver aparecer a los dos sujetos; los dos que quedaban de la banda.

Estaban hablando con Cobbs, y éste se había puesto en pie de pronto, agitado, demudado el rostro. Fue sentado de un empujón, y cuando la muchacha quiso ponerse de pie, la mano izquierda de otro hombre se apoyó en su hombro, impidiéndoselo.

Y en aquel mismo instante, Wade vio a Gowan y Melvin, apareciendo también junto a unos arbustos, mirándole. Wade asintió con la cabeza, sombrío el gesto, y comenzó a caminar hacia allí, rápidamente, mientras sus compañeros hacían lo mismo, llevando ya las manos a los sobacos.

En un instante se plantó junto a los cuatro personajes, y su mirada, como un rayo de furia, cayó sobre los dos hombres que permanecían en pie.

—No molesten —farfulló—. Y en nombre...

Uno de los dos sujetos lanzó una exclamación y en una millonésima de segundo Wade Hanlon supo que iba a disparar con la pistola que tenía empuñada dentro del bolsillo. Sin la menor vacilación, lanzó su puño derecho, que crujió con fuerza en la barbilla del hombre, al mismo tiempo que en el bolsillo de éste aparecía una llamarada que ennegreció la tela.

Y mientras el sujeto salía disparado hacia atrás, Wade Hanlon notó aquella especie de fino latigazo en su costado derecho, que lo empujó, lo estremeció... El otro se había vuelto también hacia él, pero en aquel momento, Gowan gritaba:

—¡Alto! ¡No se mueva nad...!

Variando velozmente de idea, el sujeto que aún permanecía en pie, se volvió, se dejó caer de rodillas, sacando su pistola... y Melvin sólo tuvo que apretar el gatillo. El hombre lanzó un alarido, y cayó de espaldas, rebotando sobre sus propias piernas, mientras el otro se incorporaba pesadamente, y sacaba también su pistola, apuntando hacia los dos *g-man*.

¡Pack! El disparo de Gowan le alcanzó en el hombro derecho. Lo hizo girar, lo tiró de espaldas, mientras la pistola saltaba de su mano... y en el Miami Shores Country Club se oían gritos y alaridos de espanto, reflejo de la súbita alarma que había cundido por efecto de los disparos.

A todo esto, Cobbs y la bella muchacha se alejaban corriendo de allí, por el césped, entre los arbustos de flores, cogidos de la mano. Melvin se disponía a salir tras ellos a toda prisa, señalándolos y mirando a Wade, pero éste le hizo señas de que se quedasen los dos allí, y salió él en pos de Cobbs y la muchacha, guardando la pistola con la que, en todo momento, había cubierto cualquier riesgo de que uno u otro de los pistoleros pudieran disparar contra sus compañeros.

En el parque se oían silbatos de la policía, y la gente corría de un lado a otro, asustados y desconcertados... Todos desconcertados, menos Cobbs que corría con todas sus fuerzas, tirando de la mano de la muchacha, la cual, de pronto señaló hacia la derecha y dijo algo, ambos desviaron la dirección de su carrera. Wade continuó tras ellos, acortando rápidamente la distancia. Salieron del parque, y los alcanzó cuando ambos se detenían junto a un descapotable azul claro, al interior del cual saltó Cobbs ágilmente, mientras la muchacha abría su bolso en busca de las llaves.

—Esperen —masculló Wade—. Ustedes no irán a ninguna...

—Suba —jadeó la muchacha—. Pronto, suba.

Saltó ella al volante, metió la llave en el contacto. Wade, tras una brevísima vacilación saltó al asiento de atrás, con el tiempo justo pues la muchacha arrancó tan bruscamente que casi lo hizo salir del coche, por la parte de atrás, Wade se aferró al asiento, miró a la muchacha con expresión sobresaltada y se colocó adecuadamente. El coche deportivo zumbaba formidablemente y Wade dirigió una mirada al cuentamillas, con indicador de

velocidad.

—La van a parar los patrulleros si corre así, nena —dijo.

Inmediatamente, la muchacha aminoró la velocidad. Miró a Wade por el retrovisor y éste pudo ver entonces sus ojos, aunque no muy bien. Solamente vio que eran grandes. Claro que estaba tan asustada que se abrían mucho, y... Miró a Cobbs que volvía la cabeza pero no para mirarle a él, sino hacia atrás, en busca de un posible perseguidor. Estaba pálido como un muerto.

Para entonces Wade Hanlon ya había tomado una decisión, que provocó una seca sonrisa en su anguloso rostro. Miró hacia atrás también luego a Cobbs y farfulló:

—Tranquilo: no nos siguen, amigo. Oigan, ustedes no son muy amables, ¿verdad? Me meto en líos por ayudar a este lindo pimpollo y se largan dejándome en la estacada.

—Cállese —dijo Cobbs roncamente.

—Oiga, hermano, usted se está buscando que yo mismo le rompa la cara, ¿entiende? Si no fuese por el pimpollo, le...

Había mirado por el retrovisor, vio de nuevo los ojos de la muchacha, su expresión, y enmudeció bruscamente. Tampoco había que exagerar. Soltó un gruñido, se recostó en el asiento y se quedó mirando ceñudo a Cobbs, que continuaba mirando hacia atrás. Por fin Cobbs, se sentó adecuadamente, y palmeó una mano a la muchacha que iba solo atenta al volante.

—Ve más despacio, Louise Mary... No viene detrás nadie.

La muchacha aminoró aún más la velocidad, suspirando profundamente. Miró de nuevo a Wade por el retrovisor... y le envió una sonrisa un tanto crispada.

—Le estamos muy agradecidos, señor —murmuró.

—¿Sí? —Gruñó Wade—. Pues no lo parece, encanto. Ustedes me iban a dejar tirado allá como un perro. Pero me está bien empleado, por idiota. Primera y última vez que ayudo a nadie, lo juro. Y ya pueden tener esos ojos de ensueño que tiene usted, que a mí —chascó los dientes— ¡plim!

—Perdónenos —murmuró Cobbs—. Pero yo no podía quedarme allí.

—¿Y cree que yo sí? Por todos los demonios, soy el tipo más idiota del mundo; salgo hace sólo dos semanas de...

Se calló bruscamente. Al parecer, lo estaba haciendo bien,

porque la muchacha le miró sobresaltada, siempre por el retrovisor. Por supuesto el resto de la frase estaba bien clara para ella. Pero no hizo ningún comentario. Edmund Cobbs había visto una mancha oscura en las ropas de Wade. Se sobresaltó.

—¡Usted está herido! —exclamó.

La muchacha respingó, pisó el freno y dirigió el auto hacia el bordillo.

—¿Qué hace usted? —Casi gritó Wade.

—Voy a parar... Buscaremos a un médico.

—¡No diga tonterías! Siga. ¿Acaso no tienen ustedes un sitio donde poder remendarme sin que esto llegue a oídos del presidente?

—Vayamos a mi apartamento —dijo Cobbs—. Allí...

—No, no —negó la muchacha—. Allí, no, papá, esos dos hombres te buscaban a ti, no sabemos lo que está pasando. Será mejor que vayamos a mi casa.

—¡No! Louise Mary, no quiero que tú te veas complicada en mi vida. Ya fue suficiente la otra vez, de modo que...

—Oiga, hermano —cortó secamente Wade—. Si usted está metido en líos, a mí no me llevan a su apartamento, ¿entiende? Ya sé buscarme líos yo solito para meterme en los ajenos. Así que vamos a casa de la chica, me pongo allá un parche y luego ustedes hacen lo que quieran, ¿me explico?

—Es lo mejor —aprobó la muchacha—. Por favor, papá, tienes que comprenderlo. Y ya que tienes tres días de fiesta... podrías quedarte hasta entonces conmigo. Por favor, tenemos tanto que...

—Está bien —suspiró Cobbs—. Está bien, vamos allá.

CAPÍTULO X

El auto se detuvo finalmente delante de un pequeño chalet con un diminuto jardín, en la N. E. 174th Street, delante mismo de Greynolds Park, precisamente en la parte Wes Lake, en North Miami Beach. La puesta de sol estaba en todo su apogeo entonces, y el cielo aparecía de un color rojo-morado que pronto se convertiría en negro. Algunas estrellas brillaban ya débilmente hacia el Este.

—Hemos llegado —murmuró la muchacha.

—¿Usted vive aquí? —preguntó Wade.

—Sí.

—Vaya... No está mal. Es una bonita choza.

Ella se volvió en el asiento, lo miró fijamente, y sonrió.

—Gracias, señor... señor.

El *g-man* estaba poco menos que patitieso, que lo emplumase una banda de *hippies* si aquella chica, además de ser bellísima, tener una boquita dulce y llena, un cuerpo sensacional y una piel dorada y con aspecto de seda, no tenía los ojos más extraordinariamente dulces que había visto en su vida. Como si fuesen de oro. Exactamente de oro. Y tan grandes, tan dulces...

—¿Eh...? Oh, sí... Mmmm... Hanlon... Wade Hanlon, nena.

—Gracias otra vez, señor Hanlon.

El agente del FBI soltó un gruñido y desvió su mirada de aquellos ojos para poder pensar.

—Bueno —farfulló—. ¿Qué tal si vamos a ponerme un remiendo? Y espero que tenga algo para beber.

—Desde luego.

Edmund Cobbs se había apeado ya, y Wade le imitó. La muchacha hizo lo mismo, recogió el bolsito y señaló hacia la casa. Abrió la pequeña verja de madera pintada de blanco y los tres recorrieron el estrecho sendero entre flores, hacia el porche. Louise Mary abrió la puerta, encendió la luz, y se apartó dejando pasar a

los dos hombres. Entró, señaló hacia la izquierda y los tres pasaron al *living* cuya luz encendió la muchacha.

—Traeré el botiquín, señor Hanlon —dijo.

—Y algo de beber, muñeca.

—Sí... Sí, desde luego.

Wade quedó de pie y Cobbs se dejó caer en el sillón mirando con desaliento a su alrededor. El federal frunció el ceño e hizo lo mismo. ¿A qué venía aquel desaliento? A fin de cuentas, la casita era un auténtico encanto en todos los detalles. Todo alegre, limpio, revelando un buen gusto extraordinario. Cuadros, libros, alfombras. Todo era más bien modesto pero más que aceptable. Había confort, limpieza y un... sutil ambiente de lugar cálido y agradable que...

—¿Le va bien *whisky*?

Wade se volvió y vio a la muchacha en la puerta de la cocina con una botella en la mano.

—Precisamente es lo que me va bien —sonrió ásperamente.

Ella se fue en busca de un vaso, le sirvió y lo estuvo mirando mientras bebía, de modo que Wade pensó que estaría bien echarse el *whisky* al colete de un solo trago. Luego chascó la lengua y guiñó un ojo.

—Esto va mejorando, preciosa.

—¿Le duele?

El *g-man* abrió mucho los ojos.

—¿El *whisky*? —exclamó.

—La herida.

—¿La...? Oh, bueno, un poco... ¡Bah! Tengo la piel demasiado dura, se lo aseguro. Pero está feo ir manchado de sangre, ¿no le parece? Si tiene algún jersey, o algo para ocultar la sangre, ni siquiera necesito que...

—Le curaré —cortó la muchacha—. Pero no tengo ropa de hombre, lo siento.

—No me diga que su padre no tiene ropa, demonios.

—Él no vive aquí.

—Ah, sí, claro... Bueno, pues precisamente lo que necesito es algo que ponerme, ¿no cree?

Ella asintió y se volvió hacia Cobbs.

—Papá, tendrías que salir a comprar algo para el señor Hanlon.

—Un jersey, o una cazadora, bastará —dijo Wade.

Edmund Cobb los miró lentamente, reflexivamente. Por fin negó con la cabeza.

—No voy a dejarte sola con él, Louise Mary. Ve tú a...

Wade Hanlon frunció el ceño, con clara hostilidad.

—Oiga, hermano —masculló—. Yo puedo ser una calamidad, pero no soy un degenerado, ¿se entera? ¿Qué cree que le voy a hacer a su hija, maldita sea? ¿Comérmela? Desde luego, me gusta un horror —sonrió como un lobo ante un corderino, y de pronto sacó su pistola apuntando a Edmund Cobbs—. Pero si quisiera cometer alguna canallada, sólo tengo que meterle a usted una bala ahí donde está cociendo sus sucios pensamientos y luego todo para mí. ¿Estamos?

—Se... será mejor que... que vayas a comprarle algo, papá.

—Algo como lo que llevo —masculló Wade—. Y si vuelve a pensar de mí esas cosas que sólo hacen los puercos y desquiciados, le rompo la cara. ¿Me entiende, papá?

Edmund Cobbs, pálido, estuvo unos segundos mirando fijamente a Wade. Luego, a su hija. Tragó saliva, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta.

—Volveré en seguida —murmuró.

—Como si quiere ir corriendo por la calle, hermano. Por mi mejor porque tengo una cita esta noche.

Cobbs se detuvo en la puerta del *living*, volvió a mirar a su alrededor, hizo un gesto de pesadumbre.

—Lo siento, Louise Mary —susurró.

—No te preocupes —sonrió dulcemente la muchacha—. Me he acostumbrado a esta casita. Peor debes estar tú en tu apartamento...

Cobbs encogió los hombros, y salió. Oyeron el chasquido de la puerta al cerrarse, y Wade miró con expresión de asombro a la muchacha.

—¿Qué ha querido decir su padre? ¿No le gusta esta casa?

—No mucho.

—¿Por qué?

—Pues... Es pequeña... con pocas comodidades.

El *g-man* quedó atónito.

—¿Pequeña y con pocas comodidades? Usted bromea, encanto: a mí me parece un palacio.

—Todo es relativo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que depende de donde esté usted acostumbrado a vivir.

—Ah —Wade pareció reflexionar profundamente—. ¿Quiere decir que ustedes vivían antes en un sitio mejor que éste?

La muchacha se lo quedó mirando fijamente. De pronto, parpadeó como saliendo de su abstracción.

—Traeré el botiquín. Si puede hacerlo solo, empiece a quitarse la ropa. Quiero decir, la... la...

—Tranquila, hermana. Ya le he dicho que no soy un degenerado, maldita sea mi estampa.

La muchacha fue al cuarto de baño. Cuando salió, portando el botiquín, Wade Hanlon se había desnudado de cintura para arriba. Estaba mirando la mancha de sangre que tenía en el costado. La miró y encostó los hombros.

—Es un rasguño solamente.

—Me alegro.

Dejó el botiquín sobre la mesita y se quedó delante del imponente tórax musculado y velludo del *g-man*; hubo un parpadeo de asombro en los ojos de Louise Mary, y respingó al oír la irónica voz del *g-man*:

—No soy precisamente un alfeñique, ¿verdad, encanto?

—No... no —casi se sonrojó ella—. Desde luego, no. Tiene... Tiene una cicatriz muy grande aquí. ¿Alguna operación?

—Oh, sí, de muertetomía.

—¿De qué?

—De muertetomía, demonios. ¿No sabe lo que es eso? Cuando a un tipo quieren eliminarlo, algunos dicen que lo van a operar de muertetomía. Entonces van, le meten unas cuantas balas en el corazón y ¡okay, operación realizada!

—¿Qui... quisieron matarlo...?

—Más de una vez —Wade pasó un dedo por el costurón que tenía en el borde externo del pectoral derecho—. Pero ya le he dicho que tengo la piel muy dura. Y muy mal genio, además.

—¿Fue... la... la policía quien quiso... operarlo de...?

—Que va. Fue una pequeña discusión entre amigos que... Oiga, encanto, ¿qué pasa? ¿Quiere que le cuente mi vida?

—No... No. Voy... voy a curarle...

—Eso está bien. Espere: voy a tomar fuerzas.

Bebió un trago de *whisky* esta vez directamente de la botella, y suspiró muy satisfecho. Louise Mary empapó en alcohol un gran trozo de algodón y comenzó a limpiar la sangre, hasta dejar al descubierto la herida, que era un simple corte delgado y de apenas dos pulgadas de largo, resbalando entre dos costillas. Aplicó un cicatrizante y alzó la mirada, para estudiar la reacción de Wade Hanlon, que lanzó un resoplido.

—Te... termino en seguida...

—Mala suerte.

—¿Cómo mala suerte?

—Me gusta que sus dedos me acaricien. Oiga, apuesto a que no son de carne, sino de seda, terciopelo o algo así. Son un encanto... Como toda usted, vamos...

—Es usted... muy amable, señor Hanlon. Le... le pondré ahora el apósito.

—Ponga, ponga. Yo por usted me dejo poner hasta banderillas... ¿Ha estado en México?

—Sí.

—Ah... Entonces habrá visto alguna corrida de toros, ¿eh?

—Sí... Hace tiempo. Pero usted... no es un toro.

—No importa. Ponga apósitos, banderillas... ¡Lo que quiera! Yo lo aguanto todo. Oiga, toque usted esto. ¿Ha notado alguna vez unos músculos tan duros? Vamos, toque.

—Ya, ya se ve que... que son duros, señor Hanlon.

—¿Qué le pasa? ¿Teme contagiarse de algo? ¡Toque!

Le cogió una mano, se la puso en el bíceps derecho, y lo tensó. Pareció que el brazo se hinchase, se llenase de nudos por todas partes. Louise Mary apretó tímidamente.

—No va a romperme, nena. ¡Apriete!

—Sí, sí...

Apretó más, y se sonrojó. Wade se echó a reír, satisfecho.

—Toda mi musculatura es igual. Si quiere tocar...

—Ya... ya estoy convencida, señor Hanlon. Completamente convencida. Le... le pondré el apósito ahora...

Lo preparó, y lo colocó sobre la herida, pasando los dedos por las tiras de esparadrapo, para dejarlo adherido a la carne. Wade notó el ligero temblor de los finos dedos, pero pensó que ya había llevado su papel de semirrufián bastante lejos.

—Ya... ya está.

—*Okay*. Y hablando de vidas, encanto. ¿Qué me cuenta de la suya?

—¿De mi vida?

—¡Claro! Apuesto a que debe ser muy interesante. Por ejemplo, ¿por qué no vive usted con su padre... o su padre con usted, en esta preciosa casa?

—No creo... que sea cuenta suya, señor Hanlon.

—Quizá no. ¿Qué clase de tipo es su padre?

—Mi padre no es... ningún «tipo». Mi padre es un caballero, señor Hanlon.

—¡Toma qué bien...! ¿Acostumbra a montar a caballo?

—Usted no entiende. Quiero decir...

—No soy tonto, nena. Sé lo que quiere decir, pero sus palabras me suenan a música de sirenas. ¡Un caballero! ¿Por quién me toma? Aquellos dos tipos del parque no eran caballeros y me pareció que tenían alguna cuenta pendiente con él. O sea, que su padre no debe ser tan caballero como usted piensa, digo yo. Y le diré una cosa: si no hubiera sido por usted, a buena hora me meto yo en líos. Pero ya ve: ¡yo sí que soy un caballero!

—Un caballero que ha estado en la cárcel.

Wade la miró vivamente.

—Ah... ¿Se da usted cuenta de que estuve a punto de decir eso? Vaya, es muy lista. Pero un hombre puede estar o haber estado en la cárcel y ser un caballero, ¿no? Oiga —se sorprendió—, ¡no me diga que su padre ha estado en la cárcel también!

Louise Mary Valner palideció intensamente.

—Señor Hanlon, usted... usted es un... un... salvaje. ¿Cómo se le ocurre pensar que mi padre...?

—Está bien... está bien, perdone... Hey: ¿quiere volver a tocar mis músculos?

—Ya he tenido ese placer.

—¿Y un trago? ¡Vamos, beba conmigo! ¿Sí?

—Tomaré... un poco nada más.

—¡Bien!

—Traeré un vaso.

Fue a la cocina a buscarlo. Cuando regresó, Wade había encendido un cigarrillo y miraba a todos lados, pensativo y

asombrado. La miró cuando ella estaba humedeciéndose los labios con el *whisky*, y movió la cabeza con gesto de desconcierto.

—De veras, no lo entiendo. Esta casa está muy bien, pero no le gusta a su padre. A propósito: ¿qué pasaba con aquellos dos tipos? ¿Qué querían de ustedes?

—No sé.

—Oh, vamos... Soy su amigo, ¿no es cierto? Al menos que yo sepa por qué hice el tonto. ¿Su padre conocía a aquellos sujetos?

—No.

—Pues ellos sí parecían conocerle a él. De veras, yo entiendo de estas cosas, me pareció que le exigían algo. A lo mejor usted no lo sabe, y su padre tiene alguna cuenta pendiente con ellos. ¿Es eso?

—No sé.

—Demonios, no es fácil conversar con usted, nena.

—Es que... se está metiendo usted en lo que no le importa, señor Hanlon.

Wade quedó estupefacto un instante.

—¡Vaya una respuesta desagradecida! —bufó—. Sólo me intereso por sus vidas, querida.

—No soy «su querida», señor Hanlon.

—Oiga, que lo he dicho en buen sentido. Qué malditos rayos... Me gusta usted, le hago preguntas de afecto, ¿entiende? ¿Acaso cree que si me cuenta algo iré a chivarme a la policía? No quiero tratos con esa gente.

—Lo comprendo.

Wade se la quedó mirando fijamente. A cada segundo le costaba más trabajo seguir adelante con su papel... Y a cada segundo iba notando una congoja más y más profunda. Tuvo que realizar un esfuerzo para sobreponerse. Mala suerte, de todos modos, cuando encuentra a «su» chica, es la hija de un presunto asesino. Asesino. Y él era un agente del FBI.

Con gran dominio de sí mismo consiguió sonreír. Dejó el vaso y se acercó a la muchacha.

—Hey, hagamos las paces, ¿vale? —La asió por los brazos, finos y frescos, suaves... como auténtica seda—. Si no quiere hablar de usted sola, ni de su padre, hablemos de nosotros dos.

—Yo no tengo musculatura para palpar, señor Hanlon.

—¿Cómo?

—Que tenga la bondad de soltarme.

—¿Sí? —Wade ladeó la cabeza y entornó los ojos—. ¿Qué pasa si la beso? ¿Se apuesta algo a que lo hago, nena?

—Nunca apuesto.

—¿De veras? Pues voy a hacerlo gratis, para que vea...

Se inclinó hacia ella mirándola a los ojos. Aquellos ojos dorados, tan extraordinarios. Louise Mary sostuvo la mirada, aunque en el fondo de las pupilas brilló una chispa de inquietud, de temor quizá. Wade bajó la mirada hacia los sonrosados labios, y los vio temblar ligeramente. Había ido ya demasiado lejos. Si no la besaba Louise Mary iba a quedar muy sorprendida. Así que...

Cuando puso sus labios en los de ella, Wade Hanlon los notó tibios, suaves... e inmóviles. Louise Mary permaneció tan absolutamente inmóvil que, a no ser por aquel calorcillo de sus tiernos labios, el *g-man* habría creído estar besando a una estatua.

Se apartó por fin, y la vio con los ojos abiertos, fijos en un punto indefinido como si mirase a través de él. En la mano de la muchacha el vaso de *whisky* temblaba ligeramente. Eso era todo.

—Igual que un témpano —masculló Wade—. Mucha belleza, pero... dentro, la congelación total. ¿Qué espera de la vida, preciosa?

Ella no contestó. Wade soltó un gruñido y se apartó. Bebió otro corto trago de *whisky*. Se sentía profundamente disgustado de sí mismo. Miró de nuevo a Louise Mary, que continuaba inmóvil, en la misma postura, pálida, inexpresiva. De pronto sonó la llamada a la puerta, y la muchacha reaccionó al instante. Sin mirar a Wade, fue a abrir. Regresó con su padre, que dirigió una viva mirada a Wade. Pero al mirar éste a la muchacha la vio ya normal, sonriente. Como si nada hubiera pasado. Por supuesto, lo hacía para no complicarle la vida a su padre ante un hombre mucho más fuerte y armado.

—Le he traído una camisa a cuadros y una cazadora —dijo Edmund Cobbs—. Es lo que he encontrado antes.

—Por mí está bien —admitió Wade—. ¿Qué? ¿Encuentra entera a su hija o nota que le falta algún pedazo?

—Sea usted comprensivo, señor Hanlon —dijo amablemente la muchacha—. Aunque se haya portado como un caballero, mi padre tenía derecho a temer algo... Sus modales no son muy tranquilizadores.

—Oiga, sin insultar. Cada uno es como es, nena.

—Desde luego. Bien, señor Hanlon. Ya tiene ropas sin manchas de sangre. Está bien, ha bebido *whisky*... Creo que es hora de que se marche, tal como hemos convenido.

—¿Hemos conve...? Oh, sí. Está bien.

—Y por favor, será mejor que no volvamos a vernos. También en eso se ha mostrado de acuerdo.

—Sí, sí, claro... Está bien.

Se puso la camisa y la cazadora y encogió los hombros Edmund Cobbs lo estaba mirando fijamente.

—Lamento haber desconfiado de usted, señor Hanlon. Estaba... muy nervioso todavía. ¿Puedo ayudarle en algo? Bueno, no soy rico, pero...

—Todavía no pido limosna, hermano. Además me metí en esa tontería misteriosa por el bombonazo de su hija, así que... Oiga: ¿qué querían sus amigos de usted?

—¿Mis amigos? —Alzó las cejas Cobbs.

—Bueno, me pareció que se conocían... No sé.

—Jamás los había visto hasta entonces.

—¿Pues por qué demonios se metieron con usted?

—Querían que los acompañásemos a...

—Al señor Hanlon no le interesan realmente nuestras cosas, papá —interrumpió vivamente Louise Mary—. No lo entretengamos más, ya que esta noche tiene una cita. ¿Verdad, señor Hanlon?

—Es cierto... Casi lo olvido. Bueno, adiós.

—Adiós —dijo Cobbs.

—Le acompañaré hasta la puerta —sonrió la muchacha—. Y una vez más, gracias por todo, señor Hanlon.

Salieron los dos del *living*, Louise Mary abrió la puerta y se quedó inmóvil esperando que Wade saliera. Éste la miró, pero la muchacha parecía ausente, fría, distante.

—Adiós, nena —musitó el *g-man*.

Louise Mary no contestó, y Wade Hanlon se marchó, mohíno... Se sentía tremendamente disgustado. Como nunca en su vida.

CAPÍTULO XI

El inspector Gordon casi saltó de su sillón al verle aparecer.

—¡Wade! ¿Dónde has estado? ¿Qué ha ocurrido?

—¿Y Melvin y Gowan?

—Están en un hospital, con uno de los de la banda. El único que quedó vivo, herido en un hombro. Y precisamente el tal Ricky... Ricky Bolters. Melvin quedará allá, y Gowan vendrá a contarme todo lo que ha confesado ese Ricky Bolters. Parece que ha sido muy explícito al comprender que lo sabíamos todo.

—Magnífico —masculló sombríamente Wade.

—¿Qué te pasa? Parece que no te alegre. ¿Dónde has estado?

—Con los Valner. O con los Cobbs, como prefiera. No sabía que Cobbs tuviera una hija. Usted no me lo dijo... ¿No constaba en su informe que nos enviaron de Washington?

—Sí... Pero no le di importancia. Él vive solo aquí, así que...

—Viven separados. No sé por qué, ni qué pasa. Ella... la hija es... muy inteligente, y...

—Espera —refunfuñó Gordon—. ¿Te importaría empezar por el principio y contarme las cosas bien, según es tu costumbre?

Wade Hanlon murmuró algo ininteligible, y acto seguido, en efecto, relató con absoluta precisión todo lo ocurrido desde que él se fue en pos de los Valner. Cuando terminó, los dos quedaron pensativos, hasta que Gordon comentó:

—No ha servido de mucho tu idea de hacerte pasar de pronto por un granuja, ¿verdad?

—Temo que no. Pero sabemos algo interesante: Edmund Cobbs se va a quedar con su hija tres días. Lo primero que podemos hacer es enviar allá a alguien que vigile. Lo segundo, y ahora con toda tranquilidad y comodidad cavar en el jardín donde está enterrado James Rooney.

—Donde *suponemos* que está enterrado, Wade —corrigió

suavemente Gordon—. Aunque si tú lo dices...

—Ojalá me equivoque.

—¿Cómo? —se sorprendió su jefe.

—Cosas mías, señor. Me gustaría que...

La puerta se abrió, de pronto, y Gowan entró en el despacho.

—Jefe, he dejado a... ¡Wade! ¿Dónde te has metido? ¿Qué...?

—Calma, calma —movió las manos Gordon—. Ya te explicaremos, Gowan. ¿Has dejado a Melvin allá?

—Vigilando al herido, que por cierto no va a vivir mucho, señor.

—¿Qué dices? ¡Melvin me informó que sólo estaba herido en un hombro!

—Sí, señor —el gesto de Gowan se oscureció—. Bueno, la herida parecía en el hombro, pero era más abajo. No creo que pase de esta noche.

—Vaya... ¿Qué os ha contado? ¡Y no me digas que nada!

—Todo. Fueron ellos los del atraco al Banco. Cinco. Y los cinco han muerto. Bueno, falta Ricky Bolters, pero ya le digo que...

—¿Se llevó James Rooney el dinero?

—Sí. Según el plan al salir del Banco subieron al coche, y en la siguiente esquina, tiraron las bolsas dentro de una camioneta que conducía James Rooney. Éste tenía que llevarlas aquella misma noche a una granja, cerca de Fort Lauderdale, pero no se presentó. Entonces vinieron a buscarlo, y... Ya sabemos todo lo demás. Ah: el coche «Lincoln» era el que utilizaban ellos. Estaba cerca del parque donde los atrapamos. Ellos también estuvieron siguiendo a Cobbs. Querían llevárselo a un lugar donde interrogarlo... adecuadamente.

—Bien... Ha sido aniquilada toda la banda —murmuró Gordon—. Ahora, sólo nos falta recuperar el dinero. Y el cadáver de James Rooney.

—Esto último será fácil —dijo Wade—. Sólo tenemos que ir ahora mismo al jardín. En cuanto encontremos el cadáver, vamos a buscar a Edmund Cobbs.

—No parece que eso te ponga precisamente contento.

—¿Por qué he de estar contento? —farfulló Wade.

El inspector lo miró extrañado, pero acabó por encoger los hombros. Movi6 la clavija del intercomunicador.

—¿Señor? —Se oyó la voz de su ayudante.

—Elwyn, convoca un equipo de muchachos dispuestos a trabajar

la tierra.

—¿Cómo, señor?

—Que me reúnas a los agentes disponibles y que les proporciones palas y picos —gruñó Gordon—. Y que esperen a Wade, que los llevará a un jardín. ¿Está claro?

—Sí, señor.

—Bien. Envía a Dingeman a la dirección que te dará Wade al salir ahora; tiene que vigilar una casa en la cual está Edmund Cobbs, con su hija. Y dile a la señorita... Espera un momento —descolgó el teléfono que estaba sonando—. ¿Sí?

—¿...?

—Sí, dime.

—...

—Bien... Vente para aquí; hay trabajo para todo el mundo. Colgó el auricular, miró a Wade y a Gowan y murmuró:

—Era Melvin; Ricky Bolters ha muerto. Melvin viene hacia aquí. Mmmm... ¿Elwyn? —Miró de nuevo hacia el intercomunicador.

—Le escucho, señor.

—Ocúpate de eso que te he dicho. Y dile a la señorita Silverton que venga a mi despacho. Tráela tú, ahora.

—Sí, señor.

Cora Silverton llegó al despacho un par de minutos más tarde. Gordon le señaló uno de los sillones.

—Siéntese, señorita Silverton. Tenemos noticias que son muy buenas, para usted se entiende.

—¿Qué noticias?

—La banda en la que estaba complicado James Rooney ha sido aniquilada completamente. De modo que no tiene usted nada que temer. Por lo tanto, si lo desea, puede volver a su domicilio.

—No sé...

—Nosotros vamos a ocuparnos ahora mismo de Edmund Cobbs. No tiene nada que temer ya, se lo aseguro. De todos modos, si prefiere pasar aquí también la noche, por nosotros no hay inconveniente alguno.

Cora Silverton miró a Wade Hanlon.

—Si todo está ya... solucionado...

—Prácticamente —asintió el *g-man*—. Puede marcharse con toda tranquilidad, si quiere. Pero, si sale de la ciudad deberá

comunicarnos dónde podemos encontrarla, para actuar de testigo.

—¿De... testigo... de qué?

—Usted encontró el dedo, ¿no?

—Oh, sí... Bien, yo... yo creo que me iré a mi apartamento, si me garantizan que todo está bien ya... Gracias por todo.

—A usted. ¿Quiere que la acompañemos? Insisto en que no hay cuidado, pero si va a sentirse más tranquila...

—No —sonrió Cora—. Si todo está bien, debo acostumbrarme a ello. Como si nada hubiera pasado. No voy a pasarme la vida teniendo miedo, señor Hanlon.

—Ésa es una buena idea. Hasta la vista, señorita Silverton.

—Adiós... Adiós a todos, y gracias...

Cora Silverton abandonó el despacho de Gordon, y éste, tras unos segundos de silencio, se enderezó bruscamente.

—Bien, muchachos. Cada uno a lo suyo. Terminemos este asunto de una vez. Lo más penoso va a ser recomponer ese cadáver...

CAPÍTULO XII

Lo primero que se hizo en el jardín, ya adecuadamente iluminado, fue fotografiarlo desde varios ángulos. Luego, naturalmente, un par de expertos en huellas se dedicaron a examinarlo algunos minutos.

Por fin, los dos se colocaron ante el inspector Gordon y el agente Hanlon, moviendo negativamente la cabeza.

—Ninguna huella, señor.

—¿Cómo ninguna? —murmuró Gordon—. Tiene que haberlas.

—No hay huellas, señor.

—Bien... Bueno, eso no significa gran cosa; seguramente, Edmund Cobbs las borró.

—Hum.

—¿Qué quiere decir «hum»?

—Parece que hace bastante tiempo que nadie anda por este jardín, señor. La tierra está dura. La maleza polvorienta... Hace días que no llueve, de modo que se ve algo de polvo en las plantas. En todas. No se ve la menor señal de que hayan sido tocadas. En cuanto al suelo, está duro y tenso, con todas las apariencias de no haber sufrido cambio alguno desde la última vez que llovió.

—Aclaremos esto —masculló Gordon—. ¿No es posible que alguien haya caminado por aquí, haya removido las plantas, para enterrar algo debajo de una o varias de ellas y luego haya borrado las huellas? ¿No es posible eso?

Los dos expertos del FBI cambiaron una mirada. Luego volvieron a mirar a su jefe.

—Nosotros decimos que no, señor. Si no recuerdo mal, llovió hace un par de semanas. Pues bien; nuestro informe lo rendimos en el sentido de que, desde ese día de lluvia, nadie ha entrado o salido de este jardín. Ni mucho menos han removido nada.

El inspector Gordon frunció hoscamente el ceño.

—Eso lo veremos —se volvió hacia los cuatro *g-man* que esperaban con dos picos y dos con palas—. Adelante, muchachos...

Los cuatro federales, empezaron su trabajo. A pico y pala... Consecuencias de pertenecer al FBI donde hay que afrontar cualquier trabajo que se presente. Y desde luego, a nadie se le ocurrió la idea de llamar a personal ajeno al Departamento para realizar aquel trabajo. Por otra parte, quizá en otra ocasión les correspondería representar a un multimillonario, y se darían la gran vida... hasta que llegase el momento de la verdad.

Gordon y Hanlon permanecían sentados, fumando. Hanlon pidió un par de veces colaborar en el trabajo, pero sus propios compañeros se negaron a permitirselo en atención a la pequeña herida que tenía en el costado. Pequeña, pero si se abría y volvía a sangrar, sólo habrían conseguido perjudicar a Wade y complicar las cosas.

Así que, con ahínco, los cuatro *g-man* prosiguieron su trabajo especial... hasta las cuatro de la mañana, húmeda, fresca. Aunque en Miami la estación ideal para los millonarios es el invierno, no significa que no pueda hacer incluso frío en ocasiones. Lo que ocurre es que en invierno, el turismo en Miami es mucho más caro, y los millonarios, según costumbre, disfrutan en Miami con más exclusividad, cosa que les encanta. Eso aparte de que, en general, durante el día, el sol es bastante cálido y agradable.

Sí.

A las cuatro de la madrugada el inspector Gordon no podía estar más sombrío cuando musitó:

—Dejadlo ya, muchachos.

Los federales se enderezaron y suspiraron. Estaban ya cansados y aburridos. Especialmente aburridos. Toda la tierra del jardín había sido revuelta, todas las matas arrancadas, se habían ahondado los lugares donde estaban las raíces, se había rastrillado todo el terreno.

Y nada.

Nada.

—Parece que los expertos tenían razón, señor —murmuró Wade.

—Era una buena teoría la nuestra, Wade.

—Pues ha fallado. Es evidente que el cadáver no está aquí, ni a pedazos ni entero.

—¿Te alegras?

—No lo sé, señor. Estoy tan desconcertado que no sé nada de nada. Tengo el cerebro en blanco.

—Pues yo, no —replicó Gordon—. Estoy pensando que, simplemente las cosas pudieron ocurrir al revés de como hemos estado creyendo, Wade.

—¿Al revés?

—A juzgar por el cuchillo manchado de sangre que se encontró en el apartamento de James Rooney, fue allí donde éste murió, y al parecer fue descuartizado. ¿Correcto?

—Ésa es una teoría que también puede fallar ahora.

—Supongamos que es la correcta.

—Supongámoslo —admitió Wade—. ¿Qué más?

—Pues que las cosas sucedieron luego al revés. Es decir, que Edmund Cobbs no fue trasladando los restos de James Rooney para bajarlos luego al jardín desde su propio apartamento. Fue al revés. Edmund Cobbs fue trasladando los restos de James Rooney desde el apartamento hacia el suyo *a través del jardín*. Luego, los sacó de su apartamento, hacia la calle y posiblemente los fuese tirando a cloacas, al mar. A cualquier sitio. Con eso quedaría explicada la aparición del dedo ante su puerta. ¿No? Pudo caérsele. ¿Qué te parece?

—Es una teoría tan buena como la otra —admitió Wade—. Pero lo cierto es que ahora no tenemos el cadáver, señor.

—Tenemos el dedo.

—¿Vamos a ir a buscar a Edmund Cobbs para acusarlo de asesinato, porque tenemos un dedo?

—Bueno —masculló Gordon—, el dedo que tenemos no es de plástico, ¿verdad? Sabemos sin lugar a dudas que corresponde a la mano izquierda de James Rooney, la huella ha sido definitivamente identificada. Que nos diga qué hacía ese dedo en la puerta de su apartamento.

—Quizá no lo sepa.

—Pues alguien tiene que saberlo, Wade.

—Sí. Pero... ¿por qué Edmund Cobbs?

—¿Quién si no?

—Otra persona.

Gordon ladeó la cabeza, entornó los ojos y se quedó mirando

pensativamente a Wade Hanlon. Por fin, lentamente, en los grises ojos del jefe de la delegación del FBI en Miami fue apareciendo un destello de comprensión, de astucia... pero de incredulidad al fin...

—Vamos, vamos, Wade... —musitó finalmente.

—¿Por qué no, señor?

—Es... una barbaridad lo que estamos pensando.

—No me diga que a estas alturas algo le sorprende o le aterra, señor. Usted lleva en el FBI más de veinte años, así que...

—Ya sé todo eso. Pero... no sé. Es demasiado... brutal.

—Quizá ésta olvidando el motivo por el que mi nueva teoría pudiera ser cierta: un millón ochocientos mil dólares, y esta cantidad sí que resulta... brutal, señor. Por ella, muchísimas personas cometerían las mayores barbaridades.

Gordon quedó sombríamente pensativo. Encendió un cigarrillo, dio unos pasos, regresó, quedó inmóvil, con el humo subiendo hacia uno de sus ojos, que tuvo que entornar... Wade y los otros cuatro *g-man* le miraban fijamente, atentamente.

—Nos iremos a dormir —dijo de pronto Gordon.

—¿A dormir? —exclamó Wade—. ¡Pero...!

—Iremos a la delegación a descansar, Wade. Y vosotros regresad a vuestras casas. Habéis terminado.

Los cuatro federales le miraron.

—Si podemos hacer...

—Id a descansar —sonrió Gordon—. Os lo habéis ganado. Otra vez será Wade quien use el pico y la pala en un trabajo vuestro. Gracias por todo, muchachos. Buenas noches.

—Buenas noches, señor.

Primero marcharon los cuatro, luego Gordon y Hanlon que se acomodaban en el coche pocos segundos después. El primero descolgó el auricular del radioteléfono, y pidió comunicación con su ayudante... Tuvo que esperar unos segundos antes de oír su voz:

—¿Sí?

—¿Estabas durmiendo, Elwyn? —sonrió Gordon.

—Bueno... Se me cayó la cabeza sobre la mesa, señor, disculpe. Pero tanto esperar...

—Está bien, está bien... Vete a dormir a casa. Pero antes llama a Kinkaid, Melvin y Bromley. Kinkaid se vendrá aquí, a vigilar los apartamentos de Edmund Cobbs y James Rooney. Melvin y Bromley

irán a vigilar a Cora Silverton.

—Sí, señ... ¿A quién, señor?

—A Cora Silverton.

—Pero...

—Haz lo que te digo. Y diles a Melvin y Bromley que lo hagan con la mayor discreción del mundo. Que se queden en la calle, en un coche, y que no pierdan de vista el edificio donde vive esa chica. Si ella sale, sea cuando fuere, que la sigan de lejos, sin dejarse ver. ¿Tienes alguna duda, Elwyn?

—Pues... más de una, señor. Pero haré lo qué dice. ¿Acaso esa chica tiene algo que ver con...?

—Da esas órdenes y vete a dormir.

—Sí, señor.

Gordon colgó el auricular, quedó pensativo unos segundos y por fin se frotó las manos alegremente.

—¿Tienes sueño, Wade?

—No, señor.

—Magnífico. Vamos a mi despacho. ¿Podrás conducir?

—Claro —gruñó Wade—. Sólo tengo un arañazo, no un harakiri.

—Me alegro mucho. ¡En marcha!

Una hora más tarde, cerca de las seis de la mañana, los dos hombres del FBI habían elaborado otra teoría que parecía no tener ya el menor fallo.

—Veamos si nos hemos entendido bien —dijo Gordon—. Resumiré las conclusiones a las que hemos llegado entre ambos. Según esas conclusiones, las cosas pudieron ocurrir así: James Rooney acude al motel donde le está esperando Cora Silverton, porque, ciertamente, piensa quedarse con todo el dinero del atraco, sin repartirlo con sus compañeros. Y, contra lo que dice Cora Silverton, él va a verla al motel donde ella le espera.

—Lo que no sabemos es si lleva el dinero o no.

—No importa eso, de momento. Si no lo lleva, es porque lo ha dejado en algún sitio seguro. Sitio del cual se entera Cora Silverton. Entonces es ella la que decide quedarse con el millón ochocientos mil dólares, así que... mata a James Rooney, le corta un dedo y esconde el cadáver. Luego va en busca del dinero, y con cuatro mil dólares y el dedo de James Rooney se dirige al apartamento de Edmund Cobbs cuando sabe que éste no está allí, sino trabajando en

uno de sus tres empleos. Deja manchas de sangre en todos los puntos incluso en un cuchillo, coloca los cuatro mil dólares envueltos en plástico en el depósito higiénico del cuarto de baño de Edmund Cobbs, deja caer el dedo ante la puerta... Y luego lo recoge, se viene aquí, y nos cuenta una patética historia. Todo es perfecto; ella sabe que James Rooney no la molestará, puesto que lo ha matado; y para ese asesinato se ha buscado un chivo expiatorio: Edmund Cobbs. Solucionada esta parte. Pero, queda la banda... Ella sabe que buscarán a James Rooney, y que la encontrarán a ella. Pero sabe también que el FBI no duerme y sabe positivamente que cuando los de la banda se acerquen a ella, nosotros intervendremos. Y así sucede, efectivamente. De este modo, fíjate bien cómo quedan las cosas: la banda aniquilada, James Rooney muerto, y como culpable el pobre Edmund Cobbs. Y para ella el millón ochocientos mil dólares. Sin riesgos, sin peligros, sin temor a ser descubierta. Por los infiernos, esa chica tiene un talento formidable, Wade.

—Podría haberlo dedicado al arte, ¿no? —musitó Wade—. Todos habríamos salido ganando.

—Apuesto a que le habrían dado el Nobel... Bien: ¿estamos de acuerdo otra vez en todo?

—Sí, señor.

—Pues durmamos unas horas. Sólo tenemos que esperar a ver qué hace a partir de ahora nuestra querida Cora Silverton. ¿Podrás dormir en uno de estos sillones?

—Podría. Pero si no le importa, señor, preferiría ir a mi apartamento, bañarme, afeitarme, ponerme otras ropas... y regresar.

—Bien. Te espero a las diez.

CAPÍTULO XIII

—¿Alguna novedad, señor?

—Ninguna —replicó Gordon parando la maquinilla de afeitar a pilas—. ¿Has descansado?

—Algo.

—Voy a terminar de afeitarme, conseguiré una camisa limpia y haremos algo. Nos moveremos. Yo casi no he dormido. No tengo tu naturaleza. Y cuanto más pienso en nuestra última teoría... Bien, termino en seguida.

Pero antes de que el inspector Gordon terminase de afeitarse, sonó el teléfono de la línea pública, Gordon miró a Wade y fue éste quien descolgó el auricular.

—Diga.

—¿...?

—Sí. Se pone en seguida, señorita Silverton.

Gordon lanzó un respingo, y se lanzó hacia el teléfono, mientras Wade abría la comunicación hacia el *speaker-phone* de modo que podía perfectamente oír todo cuando hablaba Cora Silverton.

—Dígame, señorita Silverton —se interesó Gordon, todo miel.

—Inspector, yo... yo apenas he podido dormir esta noche. Ya sé que no debo temer nada, pero...

—Le aseguro que está usted a salvo de todo. Pero una vez más le ofrezco protección si la desea. O si prefiere venir aquí...

—No, no. Yo he... he pensado que quizá podría marcharme unos cuantos días.

—¿Marcharse? Bueno, ya sabe que en cuanto detengamos a Edmund Cobbs lo cual va a suceder dentro de un par de horas, usted no tendrá nada que temer definitivamente, en cambio dentro de unos días, la necesitaremos para el juicio. Recuerde que usted encontró el dedo, y que...

—Sí, sí. Es que serían pocos días, me... me distraería... Además,

le diría dónde estoy. Y regresaría en cuanto usted me llamase, se lo aseguro. Por otra parte, tengo allá un amigo que tiene un club nocturno, podría trabajar, ganar unos cuantos dólares...

—Pues... Vaya francamente, la entiendo a usted, señorita Silverton, ha pasado malos momentos. ¿Estaría fuera muchos días?

—Hasta que usted me llamase. Le enviaré mi dirección exacta desde allá, en cuanto llegue y me aloje.

—Sí, sí. Bien, no es muy corriente esto, entiéndalo, pero me pregunto cómo podría negarle una cosa tan beneficiosa para usted en todos los sentidos. De acuerdo. ¿Adónde piensa ir?

—A Nassau.

Gordon miró vivamente a Wade. En seguida musitó:

—¿A las Bahamas?

—Sí, ya sé que es salir del país, pero le aseguro...

—Por favor, por favor... No me preocupa eso. Además, ya le he dicho que puede ir, así que no puedo volverme atrás. ¿Cuándo sale usted?

—Seguramente, esta tarde. Pediré el pasaje por teléfono. En fin, esas pequeñas cosas...

—Entiendo, entiendo, bien... Feliz viaje. Y no olvide enviarnos su dirección para que la avisemos en el momento oportuno.

—No lo olvidaré. Muchas gracias, inspector.

—De nada, señorita Silverton, de nada. Adiós.

—Adiós.

Gordon colgó y en seguida lanzó un bramido, llamando a viva voz a su ayudante.

—¡Elwyn!

La puerta se abrió casi al instante y el soñoliento Elwyn apareció mirando sobresaltado a su jefe.

—¡Diga, señor!

—Avisa a nuestra *post-liaison* en Nassau. Envíales una fotografía de Cora Silverton, o una descripción, lo que antes puedas conseguir en menos de una hora. Que la esperen en el aeropuerto de Nassau esta tarde, y que no la pierdan de vista, pero sin acercarse a ella en ningún momento y bajo ningún pretexto. Que la vigilen, que no la pierdan de vista ni el momento de encender un cigarrillo. ¡Vamos, hazlo!

—Sí, señor.

Elwyn salió, cenando la puerta, y Gordon y Hanlon cambiaron una mirada de triunfó, Gordon continuó afeitándose, sonriendo secamente.

—Quizá lleve el dinero en el equipaje.

—Quizá, pero no podemos arriesgarnos a detenerla en Miami, Wade. ¿Y si ya hubiese enviado el dinero, en un paquete, por avión a Nassau? No, no, no... Nada de detenerla aquí. La vamos a dejar llegar a las Bahamas, con todas las facilidades del mundo. Nuestros compañeros de allá la vigilarán adecuadamente y nos avisarán.

—Quizá convendría que yo fuese a Nassau, señor.

—¡Ni hablar! Ni tú, ni ninguno de los de aquí. Esa chica se las ha arreglado para vernos a todos, o casi todos. Si viese en Nassau una sola cara de las que ha visto en esta delegación, no haría nada, buscaría trabajo, viviría normalmente, regresaría cuando la llamásemos... No. Que se vaya. Ella sola se meterá en la trampa. Ahora mismo voy a telefonear yo a Nassau, ampliando la información, poniéndolos al corriente del asunto.

—¿Y yo? ¿Qué hago?

—Nada.

—No me gusta estar sin hacer nada.

—Pues eso me place. Tenemos aquí trabajo burocrático para hundir un portaaviones, sobre este caso. Empezaremos a preparar los informes preliminares. ¡Todo! Almorzaremos, dormiremos una siesta si tenemos tiempo... Eso es todo lo que podemos hacer. ¿De acuerdo?

—Desde luego, señor.

CAPÍTULO XIV

Poco después de las cinco de la tarde, llamó Dingeman por el radioteléfono de su coche y la llamada fue pasada al despacho de Gordon que la atendió.

—Hola, Dingeman. ¿Qué hay?

—Ha salido, señor. Y a pie, según su costumbre. ¿Lo sigo a pie o en coche? Yo creo...

—Un momento: ¿de quién estás hablando?

—De Edmund Cobbs, señor.

—¿De...? ¡Por Dios, lo había olvidado! Muchacho: ese sujeto ya no nos interesa. Espera, espera... ¿Ha salido solo?

—Sí, señor.

—Síguelo. En realidad, tenemos el caso resuelto, pero nunca se sabe. A pie, desde luego. Cuando él regrese a casa de su hija, vete a dormir.

—Gracias, señor. Y ojalá regrese pronto. Me estoy cayendo de sueño.

—Es culpa mía, perdóname. Bueno, síguelo, me pasas el informe y te vas a dormir después que él regrese.

—Sí, señor.

Gordon colgó y torció el gesto.

—Demonios, no culparía a Dingeman si me estuviese maldiciendo, Wade... ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Nada? Pues pones una cara de... de tonto, si me permites decirlo.

—Debe ser porque estaba pensando en una tontería, señor.

—¿Tú? Bueno, será divertido escucharla. Adelante.

—Ya hemos terminado todo el trabajo, de momento. ¿Me daría usted dos horas libres?

Gordon quedó estupefacto.

—¿Para qué?

—Me gustaría... visitar a la señorita Valner... de un modo... personal, señor. Y me parece buena idea aprovechar que está sola.

—¡El cielo nos proteja! ¿Te has enamorado?

—No sé —gruñó Wade.

—¡Vete! —rió Gordon—. Ya te tendré al corriente. ¿Llevas la radio en el bolsillo?

—Sí, señor —farfulló el *g-man*.

—Pero, hombre, no te lo tomes así... Eso le pasa a cualquiera —rió Gordon—. Bueno: ¿qué estás esperando? Bien mirado, no eres feo, y apuesto a que esa chica se alegrará mucho de verte.

—Lo dudo —musitó Wade.

CAPÍTULO XV

Louise Mary Valner no pareció alegrarse al verle. Pero sí se sorprendió muchísimo. Inmóvil, en el umbral, se quedó mirando, no poco desconcertada, aquella nueva versión del hombre que la había besado la noche anterior: traje serio, sobrio, impecable. Corbata, zapatos negros, bien afeitado, modales reposados... Y un ramito de flores en la diestra.

—Soy yo, desde luego —farfulló Wade.

—Sí... Eso me temía, señor Hanlon.

—Ejem... He venido... a pedirle disculpas.

—¿Disculpas? ¿Usted?

—Por lo de anoche.

—Es muy gentil de su parte, señor Hanlon. Disculpas aceptadas y... adiós.

—¿No me permite pasar?

—¿Está bromeando? Mire, señor Hanlon, aunque usted se haya disfrazado de persona normal y correcta, los dos sabemos que no lo es, y le aseguro que no siento el menor interés por relacionarme con usted en ningún sentido.

—No es usted muy amable. Al fin y al cabo, he venido a disculparme. Y... y le he traído flores.

Louise Mary Valner se quedó mirándolo fijamente. Sus ojos color de oro estaban fijos en los oscuros del *g-man* que buscaba en vano algún indicio de relajamiento por parte de la muchacha. Aunque quizá no tan en vano... Allá dentro muy profundamente captó una chispita que le sugirió que el oro se estaba fundiendo. Y hubo una breve crispación en los bonitos labios sonrosados.

—Está bien —susurró ella—. Pase...

—Gracias.

Entró en la casa, ella cerró y él le tendió el ramo de flores en silencio, un tanto cohibido.

—Las pondré en agua —murmuró ella—. ¿Quiere un *whisky*?

—Casi nunca bebo.

Ella le dirigió una mirada de sorpresa y de súbita desconfianza.

—¿De veras? Pues nadie lo diría... Pase.

Entraron en el *living*. Ella fue a la cocina, y regresó con un jarro con agua, en el cual puso las flores. Colocó el jarro sobre la repisa de la chimenea y retrocedió unos pasos.

—Son muy bonitas —murmuró—. Gracias.

—De nada.

Se quedaron mirándose, sin saber qué decir. Wade carraspeó un par de veces, mientras Louise Mary parecía ir entrando en un mayor asombro a medida que lo iba examinando más detenidamente. Para ir «disfrazado» de persona normal y correcta, resulta que Wade Hanlon lo hacía con gran naturalidad.

—Su padre no está.

—No.

—Bien... ¿Volvió a su apartamento?

—No.

—¿Volverá aquí?

—Sí.

—Ya... Es raro que vivan separados.

—Señor Hanlon: ¿Piensa empezar de nuevo sus interrogatorios?

—No... No, no, desde luego...

—Mejor.

—Sólo espero que él no se meta en... otro lío.

—Mi padre sólo se metió en líos una vez, señor Hanlon y no le quedaron ganas de repetir. Perdimos todo cuanto teníamos, y él en efecto estuvo preso. Fue... una locura en la que intervino una mujer de esas que... Bien, cosas pasadas, que no creo sean de su interés.

—Es que no sé de qué hablar. Y sigo asombrado de que su padre no viva aquí.

—Él no quiere mezclarme con su vida presente. Incluso, para no buscarme molestias, se ha cambiado el apellido. Se marchó lejos de mí, pero lo encontré. Vine tras él a Miami, nos vemos una vez a la semana en el Miami Shores Country Club, y eso es todo lo que él me permite participar en su vida actual.

—¿En su beneficio... vive lejos de usted?

—Sí.

—¿Y usted lo permite?

Louise Mary enrojeció.

—No lo permito. Pero ¿qué quiere que haga? ¡Irme a vivir con él contra su voluntad! Cambiaría de domicilio y hasta quizá de ciudad, al menos tal como están las cosas sé que estamos cerca el uno del otro.

—Claro.

—¿Qué más quiere saber?

—Bien... Quería preguntarle si me permitiría visitarla de cuando en cuando. Sí... Ejem... Eso quería.

Louise Mary estaba verdaderamente sorprendida.

—No parece usted el mismo de ayer, señor Hanlon.

—Sí, lo sé. No es fácil explicar. Es que ayer...

Se calló de pronto. Louise Mary alzó las cejas, y volvió a mostrar su expresión de asombro y desconcierto. En el silencio del *living* volvió a oírse aquel suave zumbido. Y otra vez. Y otra...

—¿No oye usted eso? —musitó la muchacha.

—Sí... Lo oigo bien.

—¿Qué debe ser? Parece que suena muy cerca de usted.

—Es mi... mi radio de bolsillo.

—¿Su qué?

Wade Hanlon mascullo algo, sacó la pequeña radio del bolsillo interior, y admitió la llamada, con lo que el aparatito dejó de zumbar.

—Hanlon —susurró.

Louise Mary oyó perfectamente aquella voz masculina, un tanto tensa:

—Wade. Dingeman acaba de llamarme por teléfono; Cobbs se le ha escapado.

—¿Se le ha escapado? ¿Cómo?

—En el cruce de Biscayne y la N. E. 123rd. Un coche se acercó a la acera, y el conductor llamó a Cobbs. Estuvo charlando con él unos segundos. Luego Cobbs entró en el coche, y se fueron por la N. E. 124rd, hacia Broad Causeway. Dingeman tardó un poco en encontrar un taxi. Ya era tarde, Edmund Cobbs había desaparecido. ¿Qué opinas?

—No sé... No sé, señor.

—¿Estás... en el lugar al que ibas?

—Sí, señor.

—Lo siento. Debía decírtelo. No me gusta eso, Wade. Cobbs estuvo caminando mucho rato, y de pronto, se mete en un coche. No me gusta.

—Bien... Le llamaré dentro de un rato, señor. ¿De acuerdo?

—Sé que harás lo mejor. Hasta luego.

Wade cerró la radio y se la guardó. Cuando se atrevió a mirar a Louise Mary la muchacha lo estaba mirando a él fijamente, pálido el angelical rostro, en el que destacaba inconfundiblemente una expresión de angustia.

—Señorita Valner.

—No me lo diga —casi gimió ella—. No me lo diga. No le voy a creer una sola palabra.

—Le aseguro...

—Usted... usted es un policía... ¡Un policía y ha estado vigilando a mi padre, nos ha mentado, ha... ha hecho no sé qué clase de juego! Pero mi padre no ha hecho nada. Él no...

—Le ruego que se calme. Y le aseguro que he venido aquí en plan absolutamente personal. Ya habíamos dejado de sospechar de su padre y yo... quería... verla.

—Nos ha engañado... ¿Por qué sospechan de mi padre? ¿Qué se supone que él ha hecho? Además... ¿quién es realmente usted? ¿Cómo puedo estar segura de que es de la policía?

Wade Hanlon sacó su estuche de cuero, y mostró la placa y la credencial a la muchacha, que retrocedió un paso, lívida, ahora.

—El FBI... Dios mío. Pero... no. ¡No! Él me juró que nunca más haría nada malo, que jamás volvería a hacer nada que pudiera avergonzarme... Sea lo que fuere está usted equivocado.

—Ése es mi mayor deseo —susurró Wade—: estar equivocado.

—No le comprendo... ¿Por qué lo desea?

—Por motivos... personales: me he enamorado de usted.

Louise Mary se quedó mirándolo, desorbitados los ojos. De pronto se dejó caer en un sillón, y rompió a llorar. Wade Hanlon quedó sobre un solo pie, indeciso, angustiado. Luego sobre el otro pie. Por fin, utilizó los dos; se acercó a la muchacha.

—Señorita Valner.

—¡No me toque! —saltó ella—. ¡No me toque!

Wade bajó la mano y metió ambas en los bolsillos.

—Tendrá que decirme adonde ha ido su padre —dijo sombríamente.

—¡No se lo diré!

—Entonces, lo siento. Tendré que llamar por la radio a mi jefe, para decirle que busque a... Edmund Cobbs. Si eso ocurre, toda la policía de Miami se pondrá en movimiento. No va a ser agradable. Quizá se viesen obligados a disparar contra su padre.

—¿Qué... qué...? Dios mío, pe... pero eso no... no es posible...

—Hay una sospecha de asesinato.

Louise Mary Valner volvió a caer en el sillón, como fulminada. Estuvo unos segundos sin habla, como aniquilada, destrozada.

—No —musitó de pronto—. Eso no. Sé que eso no...

—Yo también quiero creerlo así. Todo es muy largo de contar ahora, pero tengo que saber cuanto antes dónde ha ido su padre.

—No, no lo sé... Lo llamaron por teléfono. Era para ofrecerle un trabajo bien pagado. Dijeron que... que sabían lo de él y que... que el trabajo era honrado, pero que necesitaban alguien que... que supiese mucho de números, que se lo pagarían bien. Mi padre no quería ir, pero casi le amenazaron con decir que yo era hija suya en la empresa de publicidad donde trabajo.

—Entiendo. ¿Quién lo llamó? ¿Lo sabe?

—No... Sólo sé que era una mujer.

—¿Una mujer? ¿Está segura?

—Sí, sí... Yo tomé el teléfono cuando llamaron.

—Su padre ha sido recogido por un coche... Y al volante iba un hombre, no una mujer.

—Lo llamó una mujer. No sé nada más.

—¿Dijo su nombre?

—No... Me pareció que su voz sonaba de un modo raro. Como preocupada... o excitada.

—¿Le pareció que era voz de persona joven?

—¿Cómo?

—¿Qué edad calcularía a esa mujer?

—No sé. No puedo saber eso.

—Pero sí sabrá, por ejemplo, si era una voz... juvenil, o infantil, o de una anciana.

—No, no. Debía ser una mujer joven. No sé. Como yo, supongo. Más o menos como yo. ¡No lo sé!

—Está bien, cálmese. Le voy a dar un consejo que, al mismo tiempo, es una súplica personal, Louise Mary; cuando regrese su padre, dígame que vaya por su propia cuenta a la delegación del FBI.

—Él jamás cometería un...

—Sólo dígame eso. Y si es inocente, tanto mejor para todos. Adiós, Louise Mary.

Se quedó mirando a la muchacha, pero ella volvió a esconder el rostro entre las manos, olvidada de él, al parecer. Wade se mordió los labios mortificado, y de pronto dio la vuelta y salió. Segundos después estaba en el coche llamando por la radio de bolsillo.

—¿Sí?

—Soy Wade, señor.

—¿Qué ha pasado ahí? ¿Qué dice la chica?

—Se lo contaré luego. Ahora, señor, quisiera que usted y yo nos encontrásemos en el 240 de Carlyle Avenue, Surfside.

—¿No vive allí Cora Silverton?

—Sí, señor. ¿Qué sabemos de ella?

—Nada. Sigue en su apartamento.

—Eso ya se verá. Lo espero allí, señor.

CAPÍTULO XVI

Cora Silverton sí estaba en su apartamento, desde luego. Y es que los muertos no se desplazan por sí solos. Si a una persona la matan, y la dejan tirada encima de una cama, por ejemplo, pues allá se queda, hasta que alguien se lleve el cadáver.

Tenía una cuchillada en el vientre, otra un poco más arriba en el pecho, y finalmente la tercera en plena garganta. Había muerto de un modo espantoso, ciertamente. Y en su bonito rostro no quedaba el menor rastro de belleza, pues había sido absorbida, destruida por aquella mueca de infinito dolor, de espanto, del terror más absoluto. Los largos cabellos rojos caían hacia el otro lado de la cama, manchada de sangre, igual que su vestido de viaje. Cerca de la cama, se veían dos maletas y un pequeño *week-end*. En éste se encontraron prendas íntimas de mujer, maquillaje, medias, dinero, el pasaporte..., lo corriente. Las dos maletas fueron abiertas y revisadas concienzudamente, pero no se halló el menor rastro de una cantidad tan aparatosa como es un millón ochocientos mil dólares.

Los agentes Melvin y Bromley estaban en la entrada del dormitorio, casi tan pálidos como la desdichada Cora Silverton. Ellos no sabían nada de nada. Habían estado vigilando la salida del edificio, tal como se les había ordenado, para escoltar discretamente a la muchacha hasta el aeropuerto. Eso era todo.

Es decir, eso había sido todo, hasta que llegaron casi a la vez, Gordon y Hanlon subieron, llamaron sin obtener respuesta, utilizaron una ganzúa para entrar y... encontraron el cadáver, todavía caliente.

—Esto es absurdo —musitó Gordon.

—¿El qué, señor?

—Su equipaje estaba hecho ya, y no ha sido tocado. Lo cual indica que quien la ha matado, sabía que el dinero no estaba en las

maletas. Simplemente vinieron a matarla. ¿Crees que ha sido Cobbs?

—No lo sé —murmuró roncamente Wade.

Gordon lo miró de reojo.

—Edmund Cobbs entró en el coche que se le acercó y vino por Broad Causeway hacia Surfside. Hacia aquí, Wade.

—Eso no prueba que la haya matado él.

—Bueno... Desde luego, eso puede ser una coincidencia. Pero ya me fastidian tantas coincidencias. ¡Pobre muchacha!

—Estoy convencido de que ella llamó a Cobbs por teléfono para decirle todo eso del trabajo que tenía que hacer, que le pagarían bien...

—¿Con qué objeto?

—¡No lo sé! Pero lo cierto es que si fue ella quien lo llamó ha puesto en un grave apuro a Cobbs..., a menos que éste pueda demostrar que ha estado todo el tiempo en otra parte.

—¿Y el tipo que conducía el coche donde él entró? ¿Quién es?

—No sé.

—Bien. Lo cierto es que, sin duda alguna, han venido aquí única y exclusivamente a matarla. Y que ella no tiene ni tenía el dinero. Entonces..., ¿por qué matarla?

—Porque sabía algo.

—¿De Cobbs?

—No..., no, no, no... Si ella fuese..., o hubiese sido cómplice de Cobbs, no nos habría llevado el dedo de James Rooney. ¿Por qué complicar a Cobbs si éste y ella hubieran sido cómplices en algo?

—Cierto. Eso sería una estupidez.

—En cambio, no sería una estupidez llamar la atención del FBI hacia Cobbs.

Gordon miró vivamente a su agente.

—Magnífico, Wade. ¡Eso sí tiene sentido! Desde luego, ahora sabemos positivamente que Cora Silverton sabía de este asunto mucho más de lo que confesó saber. Metía a Cobbs en esto, a la banda... Nosotros le limpiábamos el camino... Y a ella la matan. Y si descartamos a Cobbs, ¿quién nos queda?

—Evidentemente, Cora Silverton tenía un cómplice. Un cómplice muy listo, señor... O yo me estoy volviendo loco, o...

—Cálmate. Cálmate, razona despacio y luego expón tus teorías.

Hay tiempo de...

—Quizá no demasiado.

—¿Qué quieres decir?

—Cora Silverton ha estado teniendo un cómplice todo este tiempo, señor. Un cómplice que era el que tenía el dinero escondido. Un cómplice que, desde el principio, tenía pensado eliminar también a Cora Silverton. La utiliza haciéndole colocar el dedo de James Rooney ante el apartamento de Cobbs, para cargarle a éste la muerte de Rooney. Sabe también que nosotros, el FBI, acabaremos con la banda que asaltó el Banco. Sólo quedará Cora Silverton, pero también para ella tiene pensado algo: mientras Melvin y Bromley están abajo esperando que la chica salga para ir al aeropuerto, él sube por detrás, le dice que llame a Edmund Cobbs, que le cite, y todo lo que sabemos. Cuando ella ha hecho esto, la mata. Se va y en un coche sale al encuentro de Cobbs, para recogerlo y quitarlo de la vista de los que le están siguiendo.

—Pero esto es muy arriesgado... A menos que..., que...

—Que maten a Cobbs, señor. Pero no. No lo harán. Por la sencilla razón de que Edmund Cobbs está destinado a cargar también con la muerte de Cora Silverton. Cuando lo encontremos, Cobbs dirá que lo citaron en alguna parte, que la mujer no se presentó, etcétera, y que finalmente él regresó a casa de su hija.

—Pero... ¿y el tipo del coche?

—Ah... En ése, Cobbs ni siquiera se ha fijado.

—¡Vamos, Wade, hombre...!

—Pondré mi placa sobre su mesa si no ha ocurrido esto, señor. El tipo del coche, o sea el mismo que ha matado a Cora Silverton, acude al encuentro de Cobbs, pues sabe muy bien por dónde ha de pasar... Lo ve, se acerca a él y le dice que están buscando el modo de ir a Surfside. No conoce la ciudad. Edmund Cobbs se lo indica, posiblemente dice que precisamente él va para allá, y el tipo del coche le pide por favor que suba, y así saldrán ganando los dos: Cobbs llega antes y más cómodo, y el otro va directo a Surfside, sin perderse en Miami. Llegan a Surfside. Cobbs se apea, y el sujeto se va. ¿Por qué ha de acordarse Cobbs de él de un modo especial? Luego va a esperar a la mujer que lo ha citado, ella no acude... y él habrá estado no menos de una hora en un sitio, sin testigos que se hayan fijado en él, solo. ¿Conclusión nuestra ante tan débil

coartada? Ha sido él quien ha matado a Cora Silverton, pero se ha inventado todo ese cuento de que nadie acudió a la cita, etcétera.

—Pero su hija diría que una mujer lo llamó.

—¿La creería un jurado?

—No creo. Y teniendo ya antecedentes penales su padre...

—Ésa es la jugada. Fíjese bien, señor: eliminan a toda la banda, a Cora, a Cobbs... Fin. Ya no tenemos a nadie más. Jamás podríamos encontrar pista alguna. De nada, de nadie. Y el cómplice de Cora, el que realmente ha estado dirigiendo todo esto, desaparece sin inquietud ninguna con un millón ochocientos mil dólares. Ha muerto toda la banda, ha muerto Cora, que es la única que le conoce. Cobbs será condenado como asesino de Cora y James Rooney. Fin.

—Todavía queda interrogar a Cobbs...

—Dirá lo que yo le he dicho, señor.

—Pues será condenado, no cabe duda. Ningún jurado del mundo creará toda esa serie de coincidencias. Lo condenarán.

—Eso me temo.

—Bien... Parece que hemos fracasado rotundamente, entonces. Tenemos a Cobbs, al que, salvo nuevas evidencias, habrá que acusar de los asesinatos de James Rooney y Cora Silverton. Lástima de muchacha. Era simpática. Si se hubiera marchado antes, quizá ahora estaría viva.

—¿Cómo? —exclamó Wade.

—Digo que si hubiese tomado ya el avión para Nassau...

—¿Y por qué no lo tomó?

—¿Cómo quieres que lo sepa? —Gruñó Gordon.

—Lo que yo pregunto es: ¿por qué ella ha estado esperando todo el día? Pudo tomar el avión por la mañana, ¿no? ¿Por qué esperar?

Gordon parpadeó.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Estoy tratando de decirle dos cosas, señor: Una de ellas, que Cora Silverton no tomó el avión esta mañana porque esperaba algo... y ese algo sólo podía ser instrucciones por parte de su cómplice, pero éste, que tenía sus propios planes sobre Cora, le dice que espere, trama las cosas de modo que Cobbs también cargue con la muerte de ella, viene aquí, la hace llamar y la mata...

—Entonces, ella estaba esperando instrucciones del cómplice.

—O esperando para tomar el mismo avión que él, cosa que precisamente no debió gustarle a nuestro hombre. Y ahora viene la segunda explicación, señor: ese sujeto quizá no haya abandonado todavía Miami, pero... estará a punto de hacerlo.

—¿Hacia Nassau? —exclamó Gordon.

—¿Por qué no?

—¡Por todos los demonios, claro que él irá a Nassau! Por eso Cora estaba esperando, para ir con él. Y si su propio cómplice la ha matado, hace tan poco de eso que tiene que estar aún en Miami..., a punto de volar hacia Nassau. Pero... ¿en qué línea, en qué vuelo?

—Tiene que ser pronto, señor. Sólo tenemos que ir allá, pedir a todos los policías que encontremos que vayan preguntando en las oficinas de las líneas aéreas cuál de ellas tiene pasaje reservado telefónicamente a nombre de Cora Silverton, y a qué hora sale el avión. Si se pone en contacto desde el coche con la policía, y con todos nuestros compañeros disponibles, tendremos esa información antes de llegar al aeropuerto.

—Muchacho, eres genial. Absolutamente genial. ¿Qué es lo que estamos esperando? —aulló de pronto—. Vamos al aeropuerto. De prisa. Vamos, vamos, moveos.

—Sí, señor —exclamó Bromley, respingando—. ¿A quién tenemos que buscar allí?

—Pues a..., a...

Se quedó mirando a Wade, atónito de pronto. Ahí estaba la cuestión, ciertamente ¿a quién estaban buscando? ¿Quién era ése cómplice de Cora Silverton, que en definitiva era quien la había asesinado?

Wade Hanlon se acercó a su jefe y musitó unas palabras en su oído. Gordon desencajó sus facciones en una expresión de sorpresa, que terminó en ira, quedó como si sobre su cabeza cayese un tonel de agua helada, inmóvil, sobrecogido, casi asustado.

—Por Dios —musitó—. Eso debí pensarlo yo mismo. Debí pensarlo yo, Wade.

—No forzosamente, señor. A fin de cuentas, usted no está enamorado de Louise Mary Valner y por tanto no habrá buscado mentalmente una solución inesperada, en beneficio de su padre. Yo sí lo he hecho, señor. Y ahora sí: ¡a toda prisa al aeropuerto!

CAPÍTULO XVII

Apenas habían saltado los cuatro federales del coche, ante el edificio del aeropuerto, cuando un agente uniformado de la policía se adelantó rápidamente hacia ellos, y se encaró con el mayor del grupo.

—¿Inspector Gordon del FBI?

—Sí.

—Soy el agente Tully, señor. Me ordenaron del departamento que averiguase...

—Sabemos lo que le ordenaron, agente Tully. ¿Lo averiguó?

—Sí, señor. La señorita Cora Silverton tenía pasaje reservado en la oficina de la Transocean para el vuelo 249, con destino a Nassau, islas Bahamas. Saldrá dentro de veinticinco minutos.

—Magnífico trabajo, muchacho. Y se alegrará de haber colaborado con el FBI. Bromley, ve a la torre de control. Ese aparato no debe despegar hasta nueva orden. Corre.

—Sí, señor.

Bromley echó a correr. Gordon miró de nuevo a Tully.

—Reúna discretamente a varios de sus compañeros de servicio en el aeropuerto, y apóstense cerca del aparato destinado para ese vuelo. Nadie debe abordarlo. ¿Está claro?

—Sí, señor. Está claro.

El agente Tully echó a correr, haciendo ya señas al más cercano agente uniformado. Gordon señaló hacia la entrada.

—Nosotros tres vamos allá, a la sala de espera. Si el vuelo está programado para dentro de veinticinco minutos, pronto lo anunciarán por los altavoces. Vamos a colocarnos ante la puerta que anuncien para la salida. Y con calma ahora, muchachos.

Entraron los tres, sosegadamente. Al parecer, habían llegado a tiempo. Y si resolvían aquel caso, iba a ser un éxito formidable para el FBI. Habrían recuperado un millón ochocientos mil dólares

robados al First National Bank. Había un intenso rumor en los enormes vestíbulos, por todas partes se veían gentes apresuradas, transportes de equipajes, se oían llamadas y anuncios por los altavoces respecto a llegadas y salidas.

—No va a ser fácil —musitó Melvin.

—Sabemos muy bien a quién estamos buscando —replicó Gordon—. Así que lo encontraremos. Separémonos y mucho cuidado, muchachos; ese tipo no se andará con tonterías si se da cuenta de que ha sido descubierta su jugada.

Se dirigieron hacia el bar-restaurante, por separado, como si no se conocieran unos a otros. Se acercaron al mostrador, miraron a su alrededor, y luego cambiaron una discreta mirada moviendo levemente la cabeza en sentido negativo; la persona que buscaban no estaba allí.

Wade Hanlon miró su reloj. Habían pasado ya siete minutos, de modo que los altavoces no podían tardar en llamar a los pasajeros del vuelo 249, indicándoles por qué puerta debían salir para ser recogidos por el *bus* que los llevaría hasta su avión.

—Café —pidió.

Se lo sirvieron y, apenas había empezado a tomarlo, cuando los altavoces anunciaron la salida inminente del vuelo 249 con destino a Nassau, Bahamas. Los señores pasajeros debían dirigirse a la puerta tres, a fin de ser trasladados hasta la escalerilla del avión. Wade Hanlon acabó de tomar el café de un trago, dejó una moneda en el mostrador y se dirigió hacia la puerta tres, exactamente igual que estaban haciendo Melvin y Gordon. Se apostaron en lugares diferentes, como distraídos, pero examinando a todas las personas que se iban acercando, en grupo cada vez más nutrido, a la puerta indicada.

Los pasajeros comenzaron a subir al *bus* en pocos segundos, éste quedó prácticamente lleno, y parecía que nadie más fuese a tomarlo para dirigirse al avión. Los tres federales cambiaron una mirada de desconcierto; ninguno de ellos había visto al hombre que buscaban. El *bus* estaba todavía esperando el tiempo reglamentario cuando Gordon pasó cerca de Hanlon.

—¿Lo has visto? —preguntó rápidamente.

—No. Pero tiene que estar ahí..., o a punto de llegar. Melvin nos está haciendo señas, señor.

Se apartaron uno del otro, mirando ambos hacia donde señalaba Melvin. Un matrimonio con una niña de ocho o nueve años llegaban apresuradamente a la puerta de salida. Detrás de ellos, caminando con más sosiego, un hombre solo, que llevaba un portafolios. Pero ni el matrimonio con la niña, ni el sujeto que llegaba sólo se parecían lo más mínimo al hombre que estaban esperando.

Wade descartó inmediatamente al matrimonio, y clavó su mirada en el hombre solitario. Alto, esbelto, elegante, de cabellos rubios bien recortados, rostro bien afeitado. No se parecía en nada al hombre que esperaban, no... Era un caballero muy elegante. Incluso llevaba guantes.

—Parece que algo ha fallado —pareció decirle Gordon con la mirada.

Melvin iba mirando de uno a otro desconcertado. Ciertamente, sabía muy bien a quién estaban esperando, pero no era menos cierto que ese hombre no había llegado al aeropuerto. Quizá se había dado cuenta de algo, y debía estar muy lejos de allí. Los altavoces comenzaron a dar el último aviso. Es decir, que los pasajeros que no estuvieran a bordo del *bus* dentro de un minuto, habrían perdido el vuelo 249 de aquella noche irremisiblemente. Por la puerta abierta llegaba todavía el taladrante zumbido de un reactor recién llegado a las pistas del Miami International Airport. El caballero de los guantes estaba mostrando su contraseña de vuelo en la puerta, sosteniéndola con la mano derecha, con la que también sostenía el portafolios.

La idea pareció explotar en la mente de Wade Hanlon:

«Los guantes... ¡Claro!».

Casi echó a correr hacia la puerta. Melvin y Gordon lo miraron sobresaltados y él señaló frenéticamente al elegante caballero rubio que llevaba guantes... El cual se volvió, vio a Wade acercándose rápidamente a él y con tan sólo mover los ojos vio también a Gordon y Melvin menos convencidos de lo que estaba haciendo, pero decididos, secundando a su compañero. De un empujón con el codo el caballero rubio de los guantes apartó al empleado del aeropuerto y salió de la sala, corriendo. Delante estaba el *bus* presto para salir ya, pero el caballero rubio no fue hacia él, sino que lo rodeó, y echó a correr a toda velocidad hacia las pistas.

Detrás de él, arrollando al empleado, salieron los tres federales,

Wade Hanlon en cabeza, sacando su pistola. Rodeó el *bus*, vio al hombre, de espaldas, corriendo. Había dejado caer el portafolios, decidido a no llevar encima nada que dificultase su veloz carrera.

—¡Alto! —gritó Hanlon—. ¡Deténgase o disparo!

El hombre continuó corriendo, adentrándose cada vez más en las pistas cercanas al edificio central. Wade. Hanlon disparó dos veces al aire, pero tampoco esto convenció al fugitivo caballero de los cabellos rubios. El *g-man* echó a correr detrás, resistiéndose a liquidar aquel asunto de un simple balazo en la espalda del hombre que huía. No quería terminar así aquella cuestión, desde luego.

Tras él corrían Gordon y Melvin, aunque Gordon se iba quedando muy rezagado. En tanto que Wade, por el contrario, iba dando rápido alcance al fugitivo, hasta el punto de que en pocos segundos se hallaba a menos de veinte o veinticinco pies de él.

Fue entonces cuando apareció el gigantesco *bus* que regresaba cargado de pasajeros, que había recogido en una de las pistas. Era enorme, llevaba encendidas las luces y realizaba el recorrido por el lugar destinado a ello. Eran los dos hombres, perseguido y perseguidor, los que no iban por donde debían ir.

El perseguidor se dio cuenta del peligro, dio un grito y saltó hacia un lado alejándose rodando rebotando sobre el duro suelo.

El perseguido lanzó un chillido cuando aquel monstruo de hierro, trepidante, rebosante de luces, se echó sobre él, chirriando los neumáticos contra el piso, debido al fortísimo frenazo. Pero ya era demasiado tarde. Se oyó el crujido contra las chapas metálicas, el alarido bruscamente cortado, el frenazo... Y una especie de guiñapo salió volando, despedido a quince o veinte yardas del enorme *bus* que todavía necesitó la mitad de ese espacio de terreno para frenar, muy cerca de donde había caído el guiñapo, iluminándolo de lleno. Comenzaron a oírse gritos, una sirena de alarma... La puerta del *bus* se abrió, bajó el demudado chófer, bajaron algunos pasajeros... En un instante, quedó culminado el caos alrededor de aquel cuerpo, roto, desarticulado, destrozado, que yacía sobre la pista.

Wade Hanlon se acuclilló junto al cadáver machacado del elegante caballero de los rubios cabellos, oyendo, como muy lejana, la voz del conductor del *bus* asegurando que la culpa no había sido de él, que aquel loco había aparecido, que...

—Está bien, lo sé —cortó Wade, mirándole de pronto—. Vuelva a su trabajo y lleve a todas esas personas a su destino. Por favor, apártense, apártense todos. Vuelvan al bus, por favor.

Llegó el coche de la policía, con varios agentes que acordonaron el lugar donde yacía el cadáver. Melvin y Gordon, jadeantes, llegaron junto a Hanlon cuando éste, con todo cuidado, estaba sacando la billetera de aquel amasijo de carne y huesos. El jefe del coche patrulla de la policía obligaba a los pasajeros del *bus* a subir nuevamente, y sus hombres impedían que nadie se acercase.

—Aquí tiene, señor —le tendió la billetera a Gordon. Éste la tomó con cuidado, la abrió y vio la documentación.

—Silas Warner —musitó—. Ése es el nombre que dice aquí, Wade.

—Está bien. Melvin, ve al avión donde ya tienen que estar los equipajes, y que descarguen el que esté a nombre de Silas Warner. Todo lo que esté a su nombre.

—Wade, ¿estás seguro de que este hombre es...?

Wade Hanlon no contestó con palabras. Quitó el guante de la mano izquierda del cadáver y ya no hubieron dudas, la mano estaba finamente vendada, especialmente en el muñón del dedo meñique, que no estaba. Una mano con cuatro dedos, el otro estaba en la delegación del FBI.

CAPÍTULO XVIII

Una hora más tarde, los cuatro hombres del FBI regresaban a la delegación. El cadáver del hombre que llevaba documentación a nombre de Silas Warner había sido llevado ya a la Morgue, después de ser fotografiado, y tomadas las huellas del mismo por el servicio policial del aeropuerto. Las fotografías serían llevadas inmediatamente a la delegación por un agente, y, apenas llegar, Melvin se encargaría de ir a comparar las huellas dactilares del tal Silas Warner con las que ya tenían, y no precisamente a ese nombre.

Mientras tanto, de las dos maletas ya cargadas en el avión, una de ellas había resultado sumamente interesante. Tenía un doble fondo, en el cual, bien apretados y planchados en fajos, habían casi dos millones de dólares... que habían estado a punto de partir hacia Nassau. Pero que entonces iban camino de la delegación del FBI.

Cuando llegaron, Edmund y Louise Mary Cobbs estaban esperando, ambos muy pálidos. Se pusieron en pie, en el despacho de Elwyn, y miraron a Wade, que les sonrió alegremente.

—Mi hija me ha contado... Bueno, ya sé que no van a creerme, pero...

—No me lo diga, señor Cobbs —cortó Wade—. ¿Estuvo usted en cierto lugar, esperando a la mujer que lo citó y ésta no se presentó?

—Le juro que así es. Yo...

—¿El hombre que le llamó desde el coche le dijo que quería ir a Surfside, pero que no sabía cómo hacerlo y que si usted subía le haría un gran favor?

—Sí... Sí, así es... ¿Cómo lo sabe usted?

Wade se tocó la frente.

—Cuestión de engranajes de aquí dentro, señor Cobbs. Ahora, además, ya no tiene tanto mérito saberlo. Tenemos a ese sujeto: un tipo delgado, elegante, rubio, con guantes... ¿Sí?

—¡Sí! —exclamó Cobbs—. ¡Sí, así es! Por cierto que lo de los guantes me llamó la atención. No hace ni mucho menos tanto frío como...

—¿No reconoció usted a aquel hombre, señor Cobbs?

—¿Reconocerlo? ¡Si jamás lo había visto!

—¿Está seguro? ¿Nunca vio a su vecino del apartamento 1? Me refiero a James Rooney.

—Ah... Bueno, sí, lo vi un par de veces. ¿Qué está tratando de decir?

—Que son la misma persona, señor Cobbs. Entre él su amiguita Cora Silverton le tendieron a usted una trampa formidable. Está claro que supieron algo del pasado de usted, y lo prepararon todo. James Rooney sabía que pronto iban a atracar un Banco, y decidió quedarse con todo el dinero para él solo. Pero, para quedar tranquilo, libre de persecuciones de la policía, del FBI, e incluso de sus propios compañeros debía ser el primero en «morir». Y organizó un estupendo tinglado que empezó cuando se cortó un dedo y se lo dio a Cora Silverton para que lo llevase hasta la puerta del apartamento de usted. Luego, Cora Silverton debía ir al FBI para acusarle a usted. Así cargaría con su muerte, de modo que nadie buscaría ya jamás a James Rooney, y, al mismo tiempo, él se aseguraba de que, por medio del FBI, sus amigos eran aniquilados o retirados de la circulación. Mientras tanto, él se cortaba el pelo y se lo teñía de rubio, se afeitaba, se compraba ropa nueva, esperaba a que el muñón estuviese algo calmado del dolor... Se compró unos guantes, se vendó bien... y se disponía a partir ya con casi dos millones de dólares hacia Nassau cuando tuvo una sorpresa desagradable: Cora Silverton, contra lo convenido, quería ir con él, ya había sacado el billete... Entonces, decidió matarla a ella, así que fue a verla, le dijo que lo llamase a usted...

A medida que Wade Hanlon iba hablando, la boca de los Valner iba mostrando más y más estupefacción. Cuando terminó, no sólo Melvin estaba allí con las huellas de James Rooney y Silas Warner, sino que habían llegado las fotografías de la policía tomadas al cadáver del aeropuerto.

—Es él, desde luego —dijo Melvin—. Sin lugar a dudas, Wade.

Éste asintió con la cabeza, y después que su jefe hubo examinado las fotografías del cadáver, tomó una, le pintó largos

cabellos negros y barba, y la tendió a Cobbs.

—¿Le conoce usted ahora?

—Por Dios... Sí, es él... Le vi pocas veces, pero es él, sí.

—Pues asunto resuelto, señor Cobbs. Puede marcharse. Y... perdonen las molestias que les he ocasionado. Pero, claro, aquel dedo le señalaba tan claramente a usted... Y luego el dinero, el estetoscopio, las manchas de sangre. Pero al asesino de Cora le salió mal el truco. No debió señalar con el dedo, está muy feo.

Miró a Louise Mary, que lo contemplaba fijamente. De pronto, la muchacha dio la vuelta y salió del despacho. Su padre la miró, sonrió levemente y de pronto pareció terriblemente cansado.

—Gracias por todo. Y adiós...

ESTE ES EL FINAL

Se disponía a salir de su apartamento, cuando sonó la llamada a la puerta. Desde luego, fuera quien fuese, se desharía de la visita rápidamente. Se sentía bastante deprimido, incluso malhumorado, y en ocasiones como ésa sabía ya por experiencia que lo mejor era ir a su club de judo, a perfeccionar sus conocimientos adquiridos en Quántico. Allá se vapuleaba de lo lindo con sus compañeros judokas, se desahogaba y salía como nuevo. Y aquel día se había propuesto vencer a todo el mundo nada menos que por *ippon*. Esto es por *punto* o lo que en boxeo, por ejemplo, se llama *K. O.* Sólo que como el judo es más deportivo, el *ippon* no significa coquear al compañero, sino simplemente vencerlo indiscutiblemente, ya sea por puesta de espaldas, marcando una estrangulación sin salida, ya sea marcando también una luxación de brazo.

En fin, que se iba al club y al demonio con todos. Abrió la puerta y a pesar de que su ceño se frunció intentando mostrar frialdad y distanciamiento, su corazón dio uno de aquellos absurdos vuelcos. Como si estuviera en una parrilla, listo para ser asado.

—Ah, señorita Valner. ¿Puedo servirla en algo?

—Así es, señor Hanlon. ¿Me permite pasar?

—Bien... Me disponía a salir; tengo clase de judo hoy...

—¿También practica el judo? —sonrió ella dulcemente.

—Sí. Empecé en la academia del FBI y ahora me... ¿Quiere decir que usted también es judoka?

—Cinto marrón, señor Hanlon. ¿Y usted?

—Pues... Bueno, hace un año conseguí el cinto negro. Sí.

—Me gana entonces. ¿Puedo pasar o no?

—La cortesía es la principal regla del judo —musitó Wade Hanlon—. Pase...

Louise Mary entró en el apartamento y se quedó mirando a todos lados, mientras Wade cerraba la puerta. Por fin dijo la

muchacha volviéndose hacia él:

—Ya imaginaba que su apartamento sería así: serio, discreto, correcto. Como usted mismo.

—Celebro que piense así... ahora. ¿Qué desea de mí?

—Quería decirle, señor Hanlon, que en mi familia somos actualmente honrados. Yo lo he sido siempre, y mi padre está dispuesto a no cometer nunca más errores como los del pasado.

—Celebro mucho eso. ¿Y bien?

—Mi padre opina que para ser honrado hay que devolver siempre lo que no nos pertenece. ¿Está usted de acuerdo?

—Completamente, desde luego.

—Muy bien.

Louise Mary Valner se acercó más a Wade Hanlon, le pasó los brazos por el cuello y le besó en los labios. Despacio, profundamente, cálidamente. El corazón de Wade, en la parrilla, a pleno fuego, quedó asado en pocos segundos. Más que asado, quemado y requemado. O hecho papilla, que para estos casos es lo mismo.

—Devolución cumplida —susurró ella—. Le he devuelto su beso, señor Hanlon. Y ahora, adiós.

Intentó desprenderse del abrazo, pero Wade la sujetó con fuerza, mascullando:

—¿Cómo que te vas...? Tú te quedas aquí para siempre, o...

—No estaría bien que la hija de un hombre que faltó a la ley entrase en la familia de un agente del FBI, si es eso lo que estás pensando, Wade. No podría pensar mal del agente del FBI.

—También se podría pensar que esa familia que faltó a la ley se ha vuelto tan honrada que merece entrar en la familia de un agente del FBI. ¿Qué contestas a esto?

—*Ippon* —musitó Louise Mary.

—He estado varias veces a punto de ir a buscarte pero me parecía que no querías saber nada de mí... ¿Estaba equivocado?

—Completamente. Y la prueba es que estoy aquí.

—Sí..., estas aquí... Y ya no vas a marcharte.

—¿No tenías que ir a tu club de judo?

—Bueno... Por faltar un día no voy a perder mi forma física. Además, podemos practicar el judo tú y yo. ¿Qué te parece?

Louise Mary volvió a besarle. Y Wade Hanlon empezó a pensar

que iban a comenzar a arderle hasta las ropas Cuando ella aparto al fin sus labios, el *g-man* estaba poco menos que *groggy*.

—Vaya —masculló—, no lo haces mal, teniendo en cuenta que apenas nos conocemos.

—Pero desde el primer momento mi corazón te señaló —sonrió ella—. ¿Crees que está mal señalar con el corazón?

—*Ippon* —admitió la derrota el agente del FBI.

Y por aquella tarde decidió no ir a su club de judo.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA

en sus series
CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

